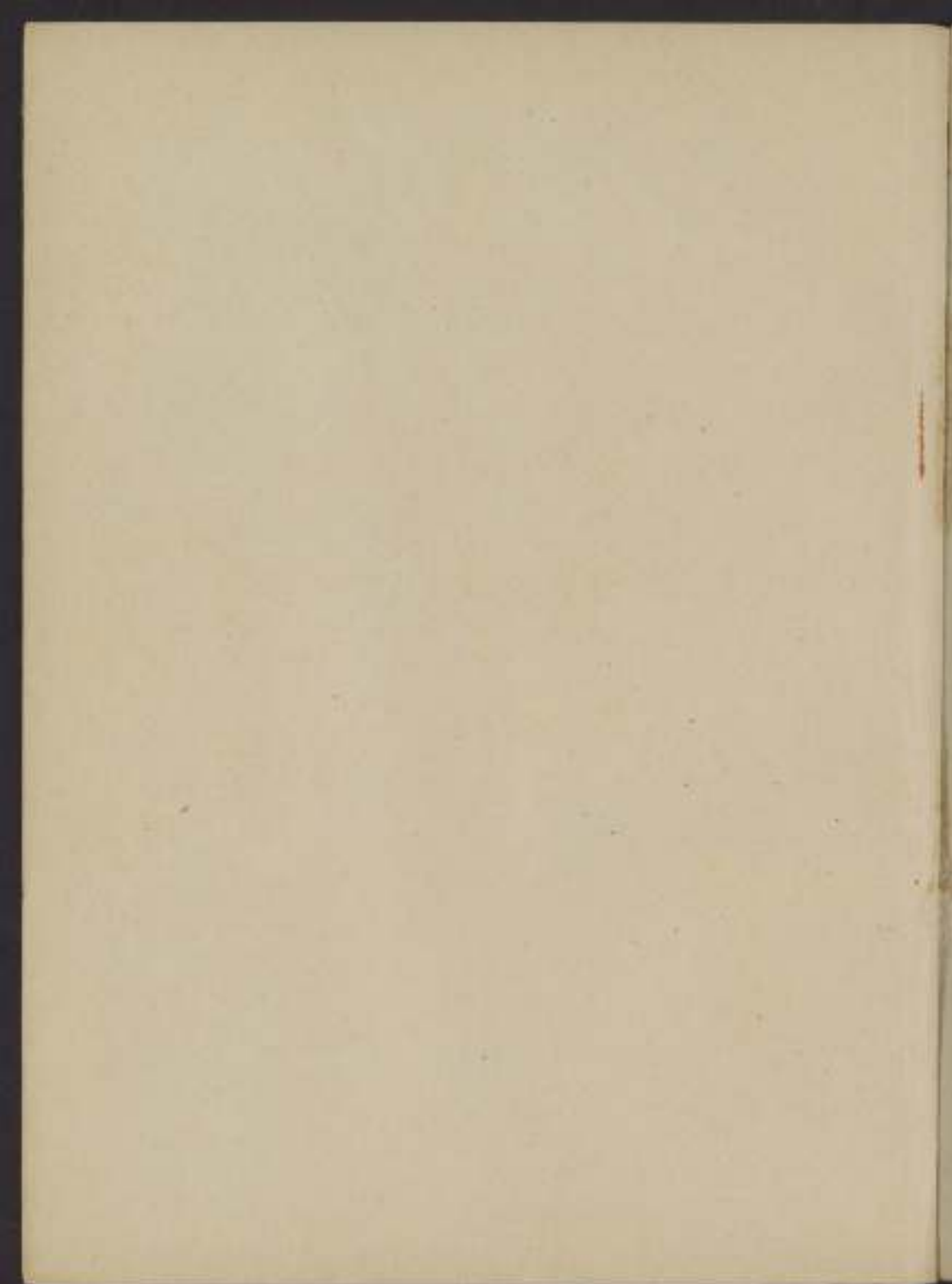


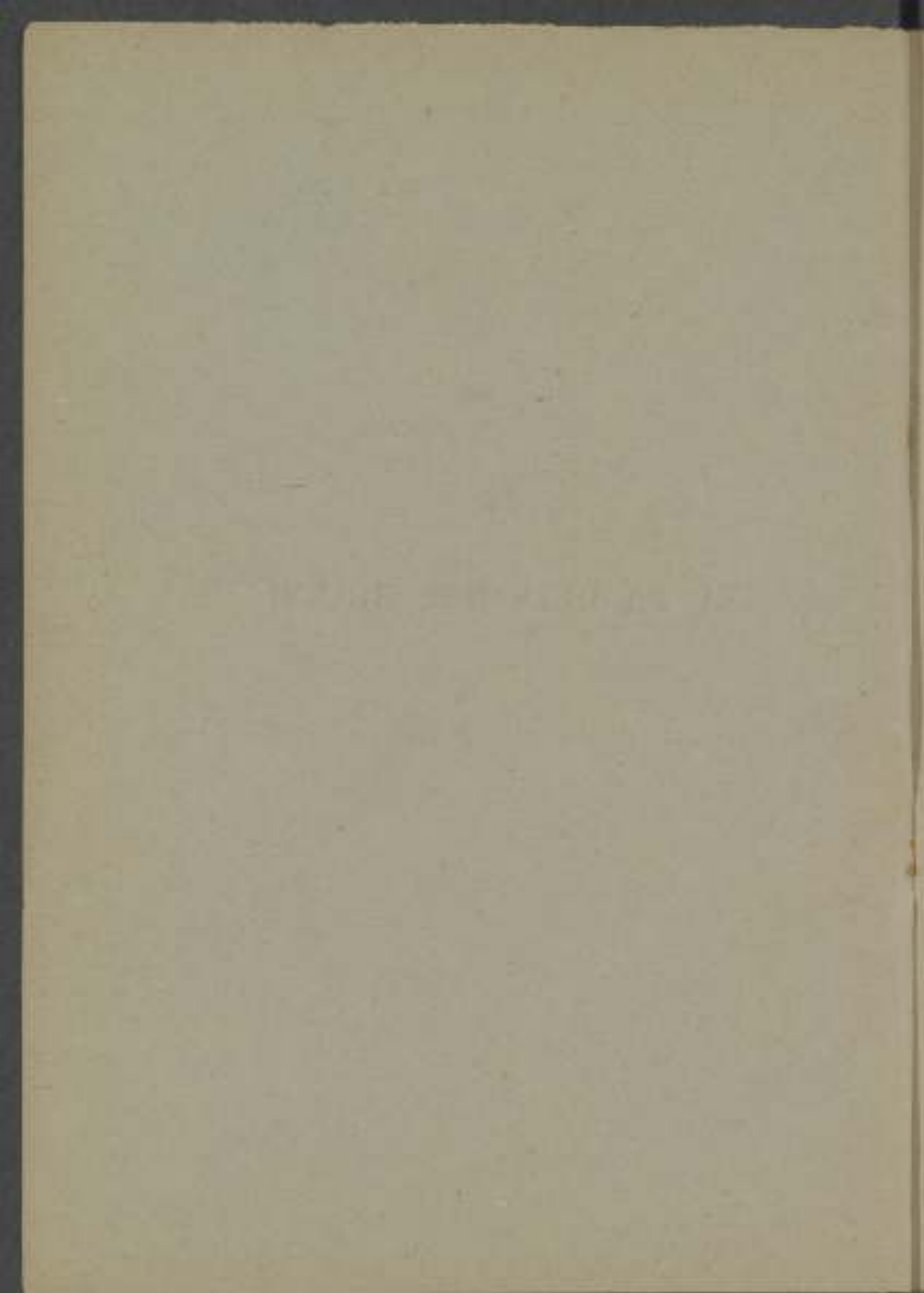
El Zambor del Bruich

CUATRO VOLUMENES
4
PTAS
CINCUENTA CENTS

ANA MARISCAL · CARLOS AGOSTI
PEPE NIETO · JUAN DE LANDA



EL TAMBOR DEL BRUCH



EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis — Teléfono 15841 — Barcelona

EL TAMBOR DEL BRUCH

Magnífica producción, declarada de Interés Nacional

Argumento de
IGNACIO F. IQUINO

Adaptación cinematográfica de
IGNACIO F. IQUINO, Juan Lladó, Julio Coll, Salvador Cerdán

Música
Mtro. RAMÓN FERRÉS

Director
IGNACIO F. IQUINO

Productora
EMISORA FILMS, S. A.

Distribuidora
HISPANO FOXFILM, S. A.

REPARTO

Ana Mariscal	Montserrat
Carlos Agosti	Tomás, el panadero
Pepe Nieto	Enrique
Juan de Landa	Blas, el trajinante
Rafael Luis Calvo	Coronel Carotte
Jorge Greiner	Teniente Dubois
Enrique Magalona	Isidro Llusa

y
Eugenio Testa, Carlos Ronda, Jorge Morales, Teresa Idel, Modesto Cid, Manuel Lopetegui y un conjunto de grandes actores.

FICHA TECNICA

Productora	Emisora Films, S. A.
Distribuidora	Hispano Fox Films, S. A.
Argumento	Ignacio F. Iquino
Adaptación cinematográfica	Ignacio F. Iquino, Juan Lladó Julio Coll, Salvador Cerdán
Música	Mtro. Ramón Ferrés
Director	Ignacio F. Iquino
Jefe de producción	Miguel Grau
Ayudante de dirección	Jesús Castro Blanco
Secretaría de dirección	Emilia Baqué
Operador jefe	Pablo Ripoll
Cámara	Mario Bistagne
Decorador	Juan Alberto
Ambientación	Cecilia A. Mántua
Montador	Antonio Isasi
Asesor militar	Comandante Jacinto Biescas
Maquillador jefe	Antonio Turell
Vestuario	Sastrerías Penalva y Cornejo
Estudio	Orpheu Films
Laboratorios	Cinefoto
Sonido	Acústica, S. A.

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Imp. Vda. J. Ferrer Coll — Valencia, 197 — Barcelona

El tambor del Bruch

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Cuatro de junio de 1808... El eco del dos de Mayo en Madrid vibraba con timbre inmortal en el corazón de todos los españoles que latían al unísono haciéndole palpitir con una sola idea y una sola esperanza: la independencia de España, la libertad querida de la Patria.

Las tropas de Napoleón, enfurecidas por el castigo que en Madrid les había sido infligido, corrían hacia Valencia y Zaragoza y recibían órdenes concretas y tajantes de castigar a los pueblos catalanes en rebeldía.

Los patriotas, replegados en la comarca del Bruch, al amparo de la Santa Montaña de Montserrat, esperaban al invasor con una agre-

siva hostilidad, dispuestos a dar sus vidas por España, decididos a todo menos a dejarse postergar por el «gabacho», como despectiva e irónicamente llamaban a los franceses, resueltos a conseguir la independencia de la Patria aunque ésta tuviera que quedar alhombreada con sus cadáveres. La tierra española devolvería en óptimos frutos la sangre vertida por sus leales defensores y ésta sería su mejor recompensa.

El ánimo decidido y viril de aquellos patriotas les llevó hasta la gloria inmarcesible, quedando su actitud grabada como gesta heroica en el glorioso libro de la historia de España.



La mole gris de Montserrat devolvía el eco de las canciones y el redoble del tambor de los que marchaban a reunirse, en el Bruch, a los que organizaban calladamente una defensa superior a toda imaginación, tanto más superior cuanto eran insignificantes los medios con que contaban para llevarla a cabo.

Ram, ram, ram-pa-ta-plan... Así iba resonando el tambor con que el pregonero llamaba a los vecinos del pueblo para leerles el edicto que se acababa de recibir en la alcaldía y que debía hacerse público.

Acudían las gentes de todas las direcciones, agrupándose en torno al pregonero, que no cesaba de redoblar el tambor con más y más energía hasta que creyó que ya había llegado su eco hasta el último rincón del pueblo y tenía ante él a todos sus habitantes.

Desdobló entonces con calma el papel que llevaba arrollado bajo el brazo y leyó con voz clara y lentamente:

«Se hace saber... Todo pueblo,

grande o chico, que se atreva a levantarse, será privado de sus privilegios y desarmado; y si en él se derramare sangre francesa será arrasado y quemado; y sus autoridades, por no haber contenido la turbulencia, serán juzgadas criminalmente. Dado en Barcelona a 1 de junio de 1808, por el General en Jefe del Ejército Expedicionario Francés, General Duhesne.»

Las gentes se miraban entre sí con contenida indignación. Los hombres apretaban las mandíbulas en un gesto de viril fortaleza. Las mujeres dejaban que la ira se escapara por sus pupilas, como un rayo vengador rasgando un cielo sin nubes. Hasta los muchachos, que mordisqueaban su merienda, hincaban el diente con dentellada furiosa de animalejos que se ven acosados y se disponen a defenderse.

El joven trajinante Blas, sereno, tranquilo, despreocupado, ingenuo y franco, comentó en voz alta, como si hablase con su mejor amigo:

—Vamos... ya hemos oído bas-

tante, ¿no te parece? La cosa está bien clara. Quien no quiera llos que no los busque... ¿Verdad, «Chiquita»? ¡Hala! Vamos.

Y tirando del ronzal de su mula, uncida a su carro, salió de la plaza, continuando su trabajo de trajinante, sin preocuparse poco ni mucho ni del bando que acababa de ser leído ni de la actitud hostil con que había sido escuchado. A él no le importaba todo aquello. Vivía para su trabajo y lo mismo le daba trabajar con unos que con otros. A él que le dejaran a «Chiquita» y su carro y su deliciosa libertad, y ya no le pedía nada más a la vida. Era así feliz. ¿Para qué buscarse complicaciones?

Pero el bando leído en la plaza del pueblo por el pregonero, iba cumpliéndose implacablemente en otros pueblos.

Los franceses eran acechados por los buenos patriotas, por los que odiaban al invasor, por los que sentían hervir su sangre a la vista de aquellos que, sin derecho ni privilegio, querían apoderarse del solar patrio convirtiéndolo en un feudo de Francia; y aquellos patriotas disparaban contra los soldados franceses desde sus ventanas, desde la esquina de una calle, desde detrás de una tapia... sin pensar en que luego les esperaba el pelotón de

ejecución, muchas veces contra aquella misma tapia desde detrás de la cual habían acechado al invasor.

El invasor dominaba, arrasaba, maltrataba, asesinaba. Y los españoles caían bajo las balas francesas, ante el piquete, gritando con entusiasmo:

—¡Viva España! ¡Viva la Independencia!

Sus voces morían, pero el eco de la Montaña Santa iba repitiendo, de roca en roca, de cumbre en cumbre: «¡Viva la Independencia!»...

Sólo Blas permanecía indiferente a aquella heroica palpitación de los pueblos. Cuando se encontraba en medio de una de esas contiendas, Blas hablaba con su mula:

—¡Cuidado, «Chiquita»! ¿Lo has visto? Ha habido unos cuantos muertos más y unos cuantos vivos menos... ¡Y todo por desoir el bando!... ¡Con lo fácil que es dejarse llevar! ¿Que vienen los franceses? ¡Pues que vengan! Mientras no se metan con uno... uno no debe meterse con ellos. ¿No opinas tú lo mismo?

La mula respondió con un relincho, como si comprendiera a su amo, Blas sonrió:

—¡Bien, «Chiquita»! Celebro que estés de acuerdo conmigo. Pero aprieta el paso. Tenemos que

llegar antes del anochecer. ¡Cuidado, «Chiquita»! ¡Arre! ¡Arre!

Al irse desgarrado de «Chiquita», el carro saltaba por entre las piedras y baches del camino, mientras Blas contemplaba el paisaje siempre conocido y siempre bello que se desplegaba ante sus ojos en aquel apacible atardecer del mes de junio que invitaba a la paz, al sosiego y a la dicha, aunque los hombres se empeñaban en enturbiar todo aquello que la naturaleza pródigamente les ofrecía.

Mientras él marchaba por aquellos caminos de Dios que le eran tan conocidos y queridos, porque eran su hogar, en el pueblo y en la panadería los patriotas se hallaban reunidos en torno a la gran mesa, mientras Tomás, el panadero, amasaba la harina y su hijo Pascual preparaba el horno para la comida.

Era Tomás hombre corpulento, fuerte, de genio vivo y ánimo decidido, noble y francote, muy estimado de todos sus paisanos, que veían en él algo superior a la medianía común y se dejaban guiar por sus consejos y su sana sabiduría, aprendida únicamente en los dictados de una conciencia justa y en la visión exacta de las cosas de la vida.

Por esto hoy era la panadería el lugar de reunión de todos aquellos

que se sentían lo bastante fuertes para luchar contra el invasor. E incluso el párroco del pueblo, el padre Morell, se encontraba entre ellos, porque le gustaba el trato de Tomás y le gustaba también saber cómo pensaba y cómo palpitaba su feligresía.

Jaime escribía lentamente en un pliego de papel, poniendo sus cinco sentidos en aquella escritura, que al fin terminó, leyendo en voz alta las últimas frases escritas, que eran la fecha y la firma:

...en el día dos de junio de 1808, yo, el Alcalde...

— ¡Eso es! Así se ha de hablar — afirmó Tomás, que era quien había lanzado la idea de escribir aquel documento que tendría que firmar el alcalde, por consejo de todo el pueblo —. Guárdelo usted, padre Morell. Yo me encargaré de hacerlo firmar al alcalde.

— Creo que hacéis una locura — murmuró el digno sacerdote, tratando de apaciguar los ánimos.

— No, padre, no — replicó con energía Pablo, uno de los patriotas allí reunidos —. Hay que vencerlo de que no es posible servir al mismo tiempo a Napoleón y al rey Fernando.

— Y de que los «gabachos» son unos hijos del diablo — añadió Pascual, el hijo de Tomás.

—¡Así se habla, hijo! — exclamó Tomás, sonriendo complacido, ante su decidida actitud —. ¡Esos «gabachos»! — añadió con el más profundo desprecio, mientras retorció y apaleaba entre sus manos la masa del pan —. ¡Esto es lo que hemos de hacer con ellos! ¡Aplastarlos... así... así! Romperles la crisma, ¡cuernos!

—¡Tomás! — exclamó el sacerdote con dulce tono de reconvencción.

—Mire, padre — replicó Tomás, respetuoso pero enérgico —. Usted todo lo atiega con un Amén Jesús... ¡Pero aquí hace falta algo más!

—Tened en cuenta que son muchos y bien armados — dijo el párroco.

—Acaban de apoderarse, a traición, de Montjuich y Atarazanas — comentó uno de los presentes, apretando los puños como si ya quisiera caer sobre alguno de aquellos malditos franceses que estaban asolando el solar patrio.

—¡Y dijeron que venían de paso para Portugal solamente! — suspiró el buen párroco, convencido de que no podría toda su bondad contener la indignación de sus paisanos contra aquellos que todo lo atropellaban y que se burlaban de to-

das las leyes y de todos los derechos.

—A mí nunca me han engañado — comentó Tomás, sin dejar de amasar con sus fuertes manos —. Si vienen de paso... ¿por qué roban, incendian y asesinan? ¿Por qué detienen a nuestros mejores patriotas?

Se hizo el más profundo silencio al escucharse en la puerta unos recios golpes que pusieron frío en todos los corazones. Los golpes se redoblaban con insistencia; pero los reunidos se miraban unos a otros sin atreverse ni a moverse ni a abrir. Tomás llamó en voz alta:

—¡Ana! ¡Aaaaaa!

—¡Ya voy! ¡Ya voy! — replicó desde el piso alto la voz de una mujer.

—Ana, abre la puerta — ordenó Tomás a su esposa, cuando ésta apareció en lo alto de la escalera.

Ana obedeció, fué hacia la puerta, retiró la barra que la cerraba herméticamente, y abrió. Una exclamación se escapó de sus labios:

—¡Señorita Montserrat!

—Sí, Ana, soy yo... — replicó la que llegaba, con una voz tenue y una expresión dolorosa en su semblante.

—¡Si es Montserrat! — exclamó a su vez, Tomás, viendo aparecer

EL TAMBOR DEL BRUCH

a las dos mujeres — ¡Menudo susto nos has dado!

—Tomás... Han detenido a mi padre — explicó la joven, rompiendo a llorar desconsoladamente.

—¿Lo estás viendo? — gritó Tomás, perdiendo todo control — ¡Acorralados como conejos no iremos a ninguna parte! ¡Todos acabaremos igual!

—¿Cómo lo has sabido, hija mía? — preguntó el padre Morell con el máximo interés, porque don Ramón, el padre de Montserrat, era el caballero más estimado y digno de toda la comarca.

—Me lo ha dicho uno que pude escapar... Ha traído esta carta... Mi padre debió escribirla momentos antes de que le detuvieran.

Montserrat entregó la carta al sacerdote, que leyó en voz alta:

«Querida hija: Cuando recibas esta carta seguramente estaré ya en prisión. Los afranceados nos han traicionado...»

—¡Canallas! — comentó Tomás, sin poderse contener.

«...Ponte en contacto con quien sabes y ve si podéis hacer algo por mí».

—Se refiere a mi novio Enrique — explicó Montserrat, que estaba muy nerviosa y angustiada —. He de ir a Martorell...

—Tranquízate... ¡Te ayudare-

mos! — afirmó Tomás, que estaba dispuesto a todo y que continuó, dirigiéndose a todos los presentes — ¡Y vamos a quedarnos impasibles después de esto?

—¡De ninguna manera!

—¡Haremos lo que haga falta!

—¡Estamos dispuestos a todo!

Así contestaban aquellos hombres ante la indignación de Tomás, que no era más que reflejo de lo que cada uno sentía en su interior.

Para enardecer todavía más los ánimos entró en aquel momento Mingo, quien, excitado, nervioso, preocupado, gritó después de haber cerrado la puerta cuidadosamente:

—¡Tomás, Tomás! Todos los del pueblo están en la plaza. Ha llegado un carro con el papel sellado francés. La gente protesta...

—¡Esta es la nuestra! — exclamó Tomás, dejando la mesa del pan y quitándose el blanco delantal con el que trabajaba — ¡Vamos! ¡Ya estoy harto de tanta humillación! ¡Qué se habrán creído esos «gabachos» malditos!

—¡Vamos! ¡Vamos! — asintieron todos, dispuestos a no consentir mayores atropellos.

La misma Ana, enardecida también por el ardor patriótico que ardía en todos los pechos, corrió al lado de su hombre a la plaza, llevando de la mano a Montserrat.

que mostraba su cara llena de espanto y de tristeza, pero que se dejaba llevar como una niña, sin conocer bien el peligro que ella misma podía correr al mezclarse en la algarada popular.

En la plaza la gente del pueblo había asaltado ya el carro que traía el papel sellado por el francés y que era como un insulto patente lanzado al rostro de los verdaderos españoles. Aquellas gentes sentían el insulto y trataban de vengarse de él, amontonando en medio de la plaza todo el papel que se disponían a quemar antes de que hubiera tiempo de entrarlo en el Ayuntamiento y que fuera en aquel papel en el que se dictaran las órdenes y los bandos que habían de llevar espíritu francés y no alma española.

—¡Papeles... vengan papeles...! ¡Buena hoguera haremos con ellos! ¡Ni uno entrará en el Ayuntamiento! — chillaban todas las voces, apresurándose en torno al carro para ir lanzando montones de papel a la pira que se preparaba.

—¡Orden... orden... orden...! — suplicaba el alguacil, incapaz de contener el tumulto, aunque hubiera puesto en ello todo su empeño.

Ella se colocó ante su mula, se enfrentó con todo el pueblo y dijo, sin miedo y con energía:

—Podéis hacer con estos papeles lo que os dé la gana... pero ojo con tocar el carro o la mula, ¡que os rompo la cabeza!

Se subió el pantalón en un gesto desafiador muy típico del arriero, y miró a todos con su mirada abierta y franca, que no tenía miedo a nada ni a nadie, y siguió diciendo:

—Yo he cumplido... Me encargaron traerlos y los he dejado en la misma puerta de la Casa de la Villa... ¡Ahora que hagan lo que les dé la gana...!

Cogió del ronzal a la mula y la dejó el carro para que no se lo atropellaran, quedándose junto a su «Chiquita» para ver qué era lo que pasaba con toda aquella montonera de papel que con tanto cuidado le había sido entregado y que tan maltratado era ahora.

—Fijaos, fijaos lo que dice aquí— gritó Tomás, agitando en su mano un papel en el aire—. «Valga por el Gobierno del Lugar Teniente General del Reino».

—Valga por el cerdo gobierno del cerdisimo Lugar-Teniente General del Reino— vociferó otro, despertando con esto las carcajadas burlonas de la mara.

—¡Valga para quemar y para padecerse y para...! — gritó Tomás, prendiendo fuego a los papeles con la tea que llevaba en la mano.

—Tomás... —murmuró a su espalda el padre Morell, queriendo detener la ira vengadora del pueblo soliviantado—. ¿has calculado bien las consecuencias de tu acto?

—¿Habla por boca del miedo?— gruñó Tomás, olvidándose de que hablaba con su párroco.

—Hablo por boca de la razón —replicó el sacerdote con mansedumbre.

—¡Esta es nuestra razón! —gritó Tomás, blandiendo el hachón y dando el ejemplo al ser él el primero en quemar los papelotes—. ¡Mueran los «gabachos»!

—¡Mueran los «gabachos»! —gritaban de todas partes.

—¡Abajo los afrancesados!—gritó otro.

Y todos, a coro, repitieron:

—¡Abajo los afrancesados!

Blas volvió a coger el ronzal de su mula y le habló con aquella cachaza y aquella tranquilidad con que se habla a un amigo de la infancia:

—Vámonos, «Chiquita»... Me parece que por hoy ya hemos visto bastante.

—¿Quién es el que ha traído el papel? —preguntó, en aquel momento, la voz de Tomás.

—Ese tratinante... que es un traidor —replicó una voz.

Tomás se abrió paso entre la mul-

titud, llegó ante Blas, lo agarró fuertemente por los brazos y sacudiéndole con ímpetu, le preguntó:

—¿Has sido tú el que ha traído los papeles?

—¿Qué hay de malo en ello? —contestó el muchacho, desasiéndose de la tenaza de las manos del panadero, fuertes y robustas a fuerza de amasar la harina.

—Ahora verás lo que hay de malo en ello —dijo Tomás, disponiéndose a pelear rabiosamente con el tratinante—. ¡Tenía ganas de habérmelas de cerca con un traidor para romperle la crisma...!

—¿La crisma...?—interrogó Blas, que no se dejaba amilanar y que también se dispuso a luchar para defenderse.

—¡Dejádmelo a mí solo!—gritó Tomás, viendo que todo el pueblo se iba a abalanzar sobre el «traidor».

—¡Abajo los afrancesados...! ¡Mueran los traidores! —gritaban de todas partes.

Los dos hombres habían llegado ya a las manos, pero antes de que la lucha adquiriera caracteres verdaderamente trágicos, al recibir Tomás una solemne bofetada de Blas, el padre Morell se interpuso entre ellos y, dirigiéndose a Tomás, le dijo:

—Tengamos serenidad... La ira es mala consejera.

— ¡Es un traidor!

— ¡Quiere vendernos a los franceses!

— ¡A la hoguera con él!

— ¡Queremos justicia!

Montserrat miraba desde un rincón de la plaza todo aquel tumulto y veía a aquel hombre acosado por todas partes, que no perdía la serenidad ni se enturbiaba su rostro por el miedo o por el rencor, y esperaba con el corazón palpitante de angustia el resultado de aquella contienda, siempre con la mente fija en la suerte que su padre podría correr en aquel ambiente de apasionamiento patriótico al estar en manos de los enemigos.

El padre Morell rogó a la multitud que se calmara y le dirigió su palabra como era su deber de sacerdote, tratando de apaciguarles y de hacerles comprender donde estaban la justicia y la razón.

— La justicia no se hace ni con gritos ni con violencias — les dijo —. La justicia exige serenidad y entereza.

— El padre Morell está en lo cierto — aseguró Pablo —. Somos patriotas... ¡No somos asesinos!

— Y aunque separen a qué atañernos con respecto a él y a su mu-
la sarnosa — añadió Tomás —, que-
remos ver cómo se defiende... ¡Va-
mos a la panadería a juzgarle!

— ¡A juzgarle, a juzgarle! — grito-
ron todos, dejándose convencer
fácilmente, como se dejan conven-
cer siempre las masas en momen-
tos de exaltación.

La panadería se convirtió en im-
provisada sala de justicia. La mesa
servía para aquellos que formaban
el tribunal, presididos por el padre
Morell, y en torno a la gran habi-
tación se agruparon todos cuantos
en ella cupieron. Ana y Montserrat
permanecían siempre un poco reza-
gadas, un tanto al margen de aque-
lla discusión, pero muy interesadas
en ella.

Bias estaba sentado frente a la
mesa de sus jueces y escuchaba las
palabras de Tomás que hablaba con
vehemencia y con ímpetu, movido
por su entusiasmo patriótico y por
el ansia de vengarse no sólo de los
franceses sino de los que estaban
del lado de los franceses, de los
«*unfrancesados*», como tan depecti-
vamente les llamaban los que se
sentían verdaderos y ardientes espa-
ñoles.

— Hace falta un escarmiento
ejemplar — decía la voz de Tomás
que retumbaba como un trueno en
el silencio de la amplia habita-
ción —. No podemos permitir que
un español se convierta en renega-
do. Y este sujeto lo es... ¡Renega-
do y traidor!... Todos conocéis al

padre de Montserrat — continuó diciendo en un tono triste y apesadumbrado —, don Ramón Ravenós; ¡este sí que es un hombre! Más bueno que el pan que se cuece en mi horno... Pues bien, don Ramón, que fué a Barcelona en cumplimiento de una misión patriótica, acaba de ser detenido en Martorell, y no precisamente por los cerdos «gabachos»; no... ¡Lo han detenido hombres con apellidos cristianos! ¡Hombres como éste que está ante nosotros! ¡Afrancesados! ¡Traidores a su patria y a sus hermanos! ¡Pido para él la pena de la horca!

— ¡A la horca! ¡A la horca! — gritaron todos.

Blas no se inmuto, ni palideció siquiera. Estaba perfectamente tranquilo. ¿Por qué había de importarle nada lo que se estaba discutiendo si él estaba convencido de que no había hecho daño a nadie? Su mirada se cruzó con la de Montserrat, y no por eso se amilanó; la sostuvo serenamente; él no tenía la culpa de que otros hubieran detenido al padre de aquella chica. ¿Por qué había él de preocuparse?

Pablo impuso silencio a los vociferadores y cuando lo hubo logrado les dijo:

— Oíd un momento al padre Morell, que quiere hablaros.

El párroco se puso en pie y dijo

con su voz dulce y tranquila, en la que vibraba siempre la gran bondad de su alma:

— No habremos ganado nada con evitar un asesinato en medio de la plaza, si ahora lo cometemos aquí.

— Tiene razón el padre Morell — siguió diciendo Pablo, que casi le quitó la palabra al sacerdote—. Nos hemos reunido para celebrar un juicio y en todo juicio hay que escuchar al acusado, desprovistos de pasión. A este hombre no hay más que mirarle; es un manesral como nosotros. La honradez y el trabajo se reflejan en su cara. Debe ser un equivocado, pero me resisto a creer que sea un traidor.

— ¡Es un afrancesado! ¡Un traidor! ¡Que le cuelguen...! ¡A la horca con él! — gritaron varias voces, desahoradamente y sin querer ceder.

— ¡Callaros! ¡Callaros! ¡Y escuchad! — chilló, agitando los brazos, una mujerona que estaba en primera fila y que fué la que logró imponer silencio a la multitud.

Pablo se dirigió a Blas y le dijo:

— Acusado, acércate.

Pablo se levantó y se acercó a la mesa, tranquilamente.

— ¿Qué puedes decir en tu defensa? — le preguntó el padre Morell, mirándole con ojos compasivos.

—Verá usted, padre... Nosotros tenemos que trabajar para vivir...

—¿Nosotros? ¿Tiene cómplices? ¿lo veis? —gritó Tomás, exaltándose—. ¿Quiénes sois «nosotros»? —preguntó.

—Nosotros somos «Chiquita» y yo —respondió Blas—. «Chiquita» es mi mula.

Una carcajada general coreó estas palabras. Cuando se restableció el silencio, Tomás dijo con mucha seriedad:

—Puedes eliminar tu mula en el proceso... No tenemos nada contra ella.

—Gracias, Tribunal, se lo agradezco en su nombre—contestó Blas, siempre tranquilo.

—¿Reconoces como tuyo este papel? —interrogó Tomás, mostrando un salvoconducto francés que había sido hallado en el bolsillo del chaleco de Blas en el momento de cachearle para cerciorarse de que no llevaba nada que pudiera comprometerle. Lo único que habían encontrado era aquel salvoconducto expedido por las autoridades francesas y que permitía a Blas atravesar de una a otra zona libremente.

—Desde luego que sí —afirmó Blas, que no tenía por qué esconderse de hacer viajes de un lado a otro, si ese era su oficio.

—Este papel es un salvoconducto francés... ¿Niegas ahora que estás al servicio de los franceses?

—Yo no entiendo de franceses —replicó Blas, encogiéndose de hombros y hablando con entera franqueza—. Este papel me lo dieron ayer con la mercancía... Soy un hombre libre y tengo una profesión: la de trajinante. Alquilo el carro, alquilo a «Chiquita» y me alquilo a mí mismo... Cuando alguien quiere transportar algo, nos buscan, nos dan la mercancía, la transportamos, nos pagan... ¡y sanseacabó! Si hay que llevar patatas, llevamos patatas, si leña, llevamos leña, y a veces hasta carbón... aunque a «Chiquita» y a mí no nos gusta mucho, porque enucia. ¡Pero esto no importa! Trabajamos para vivir y jamás hemos causado ningún daño a sabiendas... ¿Hay mal en ello? ¡Ni siquiera sabía qué papel era el que transportaba! Ya lo he dicho: admitimos toda clase de mercancía... Ni «Chiquita» ni yo entendemos en todas esas cosas de que vosotros habláis...

—Bueno—interrumpió Pablo, con muy buen sentido—, creo que hemos exagerado la nota, porque este hombre es un hombre de buena fe, y si ninguno de vosotros se opone, creo que podemos dejarle ir en paz.

—Con una condición—impuso

una voz —. Que de ahora en adelante no tome más encargos de los franceses.

—Eso es — asintió Tomás, pareciéndole la condición muy cuerda y juiciosa —. ¿Qué contestas? — añadió, dirigiéndose a Blas.

—Conforme — aceptó éste sin vacilar.

Antes de que nadie pudiera salir de la panadería, apareció el alguacil con un mandato del alcalde:

—Tomás — dijo, dirigiéndose al panadero —, el alcalde te hace responsable de lo que ha ocurrido en la plaza y quiere que vayas en seguida...

—Encuentras el pan cocido, alguacil — replicó Tomás, poniéndose en pie con decisión firme —. ¡Yo también tenía ganas de verle la cara a ese fantoche!... ¡Vamos! — añadió, pero deteniéndose ante Blas, se encaró con él y le dijo, doliéndole aún el golpe y la afrenta:

—De todos modos queda una bofetada pendiente contigo... ¡pero ya llegará su turno! ¡Vamos todos a casa de la Villa! ¡Vamos!

Tumultuosamente, en tropel, salieron todos para dirigirse al Ayuntamiento.

Quedó la gran sala completamente silenciosa después de la algarría que en ella había reinado; y en ella, solos, quedaron Montserrat

y Blas. Mostraba éste cierta impaciencia por salir de allí, pero no se atrevía a moverse, temiendo que todavía le quedara a aquella gente algo que preguntar, cuando sonó, desde el rincón en que se hallaba, la voz de la muchacha que preguntaba:

—Está descando marcharse, ¿verdad?

—Creí que ya había terminado el interrogatorio — replicó Blas, desdenosamente.

—Sí... el interrogatorio, sí... pero mi padre continúa preso...

—Yo no tengo la culpa; se lo aseguro — afirmó Blas.

—¿No me comprende? — murmuró la joven con una infinita angustia en su voz —. ¡Quisiera ir a Martorell para salvarle! Con su carro... y su salvoconducto francés... — inasistió.

—¡Ni hablar! — interrumpió Blas bruscamente —. Por un encargo francés por poco me ahorcan éstos... Por un encargo patriota son capaces de fusilarme los otros... ¡No, no, no...! ¡No quiero líos, joven!

—Usted ha dicho delante de todos que no era más que un trajinante que cumplía cualquier trabajo que le encargaran honradamente — murmuró Montserrat, mostrando viva impaciencia.

—¿Y qué? —inquirió Blas, sin comprender el sentido de las palabras de la señorita.

—Que... alquilo su carro, alquilo su mula... y le alquilo a usted.

—No — se negó rotundamente Blas.

—Le pagaré bien por el viaje.

—Ni aún así.

—Está muy seguro de sí mismo — comentó Montserrat, admirada de la serenidad y el aplomo de aquel hombre.

—Siempre lo he estado...

—Pues no olvide que no podrá dar un paso sin que se repita lo de hace un momento... Su salvoconducto le permite ir entre los franceses... llevándome a mí tendría asegurado el paso entre los patriotas — dijo Montserrat, que tenía verdadero empeño en convencer a aquel hombre.

Blas no hizo caso de sus palabras; se encaminó a la puerta, iba a salir, pero un grupo nutrido de hombres y mujeres que cruzaba ante ella, lo increpó duramente:

—¡Mueran los traidores! ¡Abajo los franceses! ¡Mueran los afrancesados!

Blas cerró de nuevo la puerta y miró a Montserrat de arriba abajo, como examinándola con detenimiento.

—¿Por qué se queda ahí, mirán-

dome así? — inquirió ella, un poco violenta por la observación.

—No... no creo que pese mucho... — murmuró Blas, calculando aproximadamente el peso de la muchacha —. Tres... cuatro arrobas y media... ¡Le costará veinte reales, ni un céntimo menos!

—De acuerdo...

—Pues, andando... «Mercancías» — dijo Blas, cogiéndola de la mano y arrastrándola casi como si fuera un saco de patatas.

Salieron. En la plaza la multitud esperaba impaciente el resultado de la entrevista de Tomás con el alcalde.

—Es incalificable, Tomás, lo que has hecho — decía el viejo alcalde al forzado panadero —. Has solivientado todos los ánimos de la ciudad. ¿Y qué has conseguido con ello?

—¡Queremos armas para luchar contra el invasor! — gritó una voz potente.

Tomás exclamó:

—Esto es lo que he conseguido, alcalde... ¡que el pueblo esté codo a codo conmigo, pidiendo armas y dispuesto a luchar contra el «gaba-chon»! ¡Míralos, alcalde; míralos! — añadió, mostrándole a la multitud que esperaba con el anhelo de lucha reflejado en sus rostros —. ¿Te acuerdas de aquel invierno en

que llovió tanto y el río se salió de madre y empezó a correr impetuoso, desbordándose por las calles y nadie ni nada le podía parar? ¡Pues ellos son iguales! No están dispuestos a hacer como tú; apoltronarse en un sillón y esperar tranquilamente que los «gabachos» entren por esta puerta... Te has de decidir, alcalde... No se trata ahora de poner impuestos ni de llevar la borla del pendón en las procesiones... ¡Se trata de defender nuestra libertad, nuestras vidas y nuestras haciendas!

—¡Eso!

—¡Bien dicho, Tomás! — gritaron algunos.

Tomás continuó sin hacer caso de la interrupción:

—Se trata de luchar, aunque sea con los dientes y las uñas contra el invasor...

—Pero esto es un suicidio — dijo el alcalde, llevándose las manos a la cabeza, en un gesto de desaliento —. Napoleón ha vencido a toda Europa.

—¡Pues en España se cascará la nuez, cuernos! — gritó Tomás —. La plaza está llena de gente exaltada, decidida a no dejarse doblegar... ¿No oyes los gritos, alcalde? ¡Lo único que necesitan son armas... y tú tienes la obligación de dárselas! No te queda otra solu-

ción... Nos hemos amotinado... Hemos hecho una hoguera de San Juan con el papel sellado francés... Y a ti, nuestra primera autoridad, te harán responsable de todo... ¡Este bando es tu sentencia de muerte!

—¿Qué podemos hacer? — preguntó el alcalde, presa del pánico y del desaliento más profundo.

—¡Cuernos! ¡Responder a un bando con otro bando! — aconsejó Tomás, que se había propuesto hacer firmar al alcalde el documento redactado por él—. Vamos, ánimo, te, no tienes más que firmar este papel — añadió, poniéndole delante el documento redactado en la panadería—. Aquí ordenas con gran acierto una requisita general de armas... ¡Nos hacen falta todas las que se puedan encontrar!

—Animo, alcalde — dijo el padre Morell ante las vacilaciones del pobre hombre que dudaba entre el temor y el deber —. Yo creo que la razón está con ellos.

—No es más que un plumazo — dijo Tomás, alentando al timoroso —. ¿O es que preferirías firmar que entregas nuestras mujeres a los «gabachos»? ¡Por última vez! Te decides... ¿sí o no?

El alcalde cogió la pluma, pero no se decidía; titubeaba, tenía miedo, no se atrevía a estampar la fir-

ma al pie de aquel bando que él no había redactado y que le ponía en franca rebeldía contra el invasor.

Desde la plaza llegaban voces amenazadoras. Su puño tembló unos momentos y al final firmó y rubricó el documento, acuciado por el miedo.

Tomás le miró con sorna y dijo, con aquella gracia que le era peculiar, cogiendo el documento en sus manos:

—¡Y pensar que algún día el monumento te lo harán a ti...!

Luego se volvió a sus paisanos y les ordenó:

—¡A la calle todos! ¡Avisad a los gremios! ¡Que todo el mundo se concentre en la plaza! ¡Nos vamos a defender!

Se cursaron las órdenes rápidamente, con esa rapidex con que las noticias corren por los pueblos, y al cabo de muy poco tiempo todo el mundo se había congregado en la plaza.

Tomás, con el bando del alcalde en la mano, se asomó al balcón del Ayuntamiento y les arengó, después de haberles impuesto silencio:

—¡Me gusta veros gritando con entusiasmo... pero ahora quiero que calléis! Tengo que deciros algo. El Ayuntamiento...

Y como los gritos arreciaban: gritos de ¡vivas! y ¡muertas! entremezclados, Tomás alzó más la voz y chilló con toda la fuerza de sus pulmones, que no era poca:

—¡Silencio, he dicho!... El Ayuntamiento está con nosotros. Tendremos armas... ¡y nos sobran agallas! Los «gabachos» se han propuesto no dejar piedra sobre piedra de nuestra ciudad... ¡pero nosotros les cerraremos el paso! Estamos dispuestos a enterrar las botas de Napoleón en las zanjas de nuestras viñas y a detener al francés con una muralla de hombres. Impediremos por todos los medios que las tierras y haciendas que nos dejaron nuestros padres sean arrasadas por el enemigo. ¡No lo permitiremos! Demostraremos a los que dominan media Europa, que el más humilde pueblo sabe imprimir por la Independencia de España... ¡Acordaos del dos de Mayo en Madrid! ¡Y de los sublevados de Lérida! Su reguero de sangre nos marca el camino a seguir... ¡Que todos los hombres útiles se incorporen a sus batallones respectivos! ¡Que todos los gremios se concentren! ¡Que nadie falle ni se acoquine, cuernos!

—¡Tomás... Tomás...! — replicó la voz del padre Morell, llena de mansedumbre, reprendiéndole dulcemente su exaltación.

Tomás le lanzó una mirada, comprendió lo que el párroco quería decirle y añadió, amagando un poco su furia apocalíptica:

—Y para que todos estemos contentos pidamos al Todopoderoso que nos ayude en la tarea de liberar a España. ¡Viva la Independencia!

Un grito atronador que repercutió en las montañas y que devolvieron los ecos de cien cumbres, resonó en la plaza como salido de una sola garganta:

—¡Viva la Independencia!

Y casi al mismo tiempo comenzó a resonar el repiqueteo de las campanas llamando a somatén con ánimo encendido y vibrante latido, como si ellas comprendieran también todo lo que se jugaba España en aquellas jornadas cuyo recuerdo había de dejar raíz poderosa en la historia de la Patria, y había de hacer florecer nuevos y magníficos frutos de heroísmo patriótico en las futuras generaciones, siempre que la Patria se viera en peligro de ser dominada por mano extranjera.

EL CARROMBOR DEL M. BRUCH

El carro brincaba en los baches del camino, mientras la mula avanzaba con su paso tranquilo, sin sentirse acuciada por la prisa. En el interior, sentados uno junto a otro, iban Montserrat y Blas. Este con las riendas en una mano y en la otra una algarroba que iba comiendo con la misma paciencia que la mula iba caminando. Aquella sumida en profundas e inquietas meditaciones acerca de la suerte que pudiera caber a su padre, en manos de aquellas gentes encendidas por la humillación y el rencor de sus fracasos en tierras de España.

—¿Quiere un poco de algarroba? — ofreció Blas, para romper aquel silencio en que iban.

—No, gracias — replicó Montserrat, sonriendo levemente.

Pasado otro espacio de tiempo en que el silencio continuó tan pertinaz y pesado como hasta entonces, la muchacha preguntó, a su vez:

—¿Siempre va usted tan callado?

—No. A veces hablo con «Chiquita». Ella me escucha atentamen-

te y nunca me contradice. Es ideal.

—¿No tiene amigos?

—Mi padre los tuvo — replicó Blas, como si tener amigos fuera cosa de otros tiempos —. Pero no le sirvieron de nada. Lo triste es que no se dió cuenta hasta el último momento.

—¿Murió? — preguntó la joven, compadecida.

—Sí. Y a mí me gustaría morir como él, bajo un árbol, contemplando las estrellas...

—Creía que todos los hombres soñaban con ser héroes — murmuró Montserrat.

Blas hizo un gesto de indiferencia y abandono.

—Yo no soy como aquellos locos desatados — repuso.

—¡No son locos! ¡Son patriotas! — exclamó Montserrat, que no comprendía la indiferencia de un hombre joven y fuerte como aquél, ante los acontecimientos que se desarrollaban en el solar patrio —. Usted dice eso porque no cree en nada...

—Creo en la honradez — replicó Blas prestamente —. Para mí, los hombres son buenos o malos... ¿O es que importa más que sean patriotas o traidores?

—¡Mientras haya un solo francés en nuestra tierra, sí! — afirmó Montserrat con energía.

—¡Bah! Allá vosotros con vuestras historias. Yo no tengo más patria que mi carro, ni otra compatriota que mi mula... ¡y me va muy bien! Lo demás... todo lo demás no vale el placer de ir sentado en el carro, en una noche abierta y clara, con el olor de los pinos y el cantar de los grillos por toda compañía; y contemplando cómo caen, en el cielo, las estrellas...

Se quedó un momento en silencio, meditando sin duda en todos aquellos placeres tan primitivos y tan bellos, y luego hizo con los labios el clásico sonido con que se arruza a una caballería y exclamó:

—¡Atre... «Chiquita»!

A medida que avanzaba la tarde se oscurecía el cielo con negros nubarrones y el viento comenzó a soplar con fuerza, anunciando una tormenta. No tardaron en rasgar las nubes los relámpagos y a escucharse el retumbar del trueno, mientras caía una verdadera manga de agua. Montserrat hacía la señal de la Cruz cada vez que veía el resplandor de

una centella; y Blas se apresuraba a tender el toldo del carro.

—¿Tardaremos mucho en llegar a Martorell? — preguntó Montserrat, que no se sentía muy segura en el bosque y con aquella tempestad.

—¡Maldita sea...! ¡Mil años! — replicó Blas, que luchaba contra el viento y la lluvia y que no conseguía correr el toldo del carro —. Tenga aquí y no me impaciente — añadió, entregando las riendas a Montserrat para tener él las dos manos libres y poder manipular mejor—. No estoy de humor en este momento... «Chiquita» va al descubierto y hemos de buscar un refugio para ella... Nos detendremos en la primera casa que encontremos.

—¡He de llegar esta misma noche a Martorell! — exclamó Montserrat con vehemencia —. ¡No nos podemos detener!

—Si no se calla voy a meter a «Chiquita» dentro del carro y aquí nos quedamos hasta pasado mañana... ¡Traiga! — dijo, cogiendo de nuevo las riendas, después de haber logrado su intento, pues aunque el toldo no cubría por completo a la mula, la resguardaba en parte del aguacero.

Al poco rato Blas rompió de nue-

vo el silencio en que se habían sumido ambos, para preguntar:

—¿Ve usted también una luz allí o es que parpadeo?

—Sí... Es una luz pequeñita... Debe ser el Hostal de los Arcos.

—¡Claro! ¡Qué tonto! ¡El Hostal! Animo, «Chiquita»... pronto estarás bajo techo.

Llegaron hasta la puerta del hostal y descargaron en ella fuertes alabanzos, pidiendo refugio en la casa.

Dentro, el posadero y unos cuantos hombres trabajaban afanosamente limpiando algunas armas viejas, arrinconadas durante años en los desvanes. Los golpes que redoblaban en la puerta les hicieron apresurarse a guardar todos aquellos trabucos rápidamente, mientras el posadero acudía a abrir. En época de guerra no se podía tener la puerta abierta a todo caminante, y mucho menos en una noche como aquella en la que toda incursión podía realizarse sin gran peligro. Por esto el buen hombre tardó mucho en abrir, mientras recorría lentamente cerrojos y retiraba barras, dando tiempo a que los demás escondieran las armas y volvieran a sentarse en posiciones completamente indolentes, como si sólo estuvieran allí en espera de que amainara la lluvia.

Cuando se abrió el portón entró Montserrat sacudiéndose el agua que llevaba en la capucha de su capa de viaje:

—¡Uf... cómo llueve! — exclamó, sintiéndose como en propia casa al entrar en la posada.

—¡Virgen del cielo, si es Montserrat! — exclamó la posadera, reconociéndola.

La familia Raventós era bien conocida en toda la comarca y querida de todos, porque sus bondades y la prodigalidad de sus dones que tantas lágrimas habían enjugado, la habían hecho popular entre toda la gente del campo que veían en todos sus miembros a los verdaderos señores: comprensivos con los que sufrían, sencillos con los humildes, pacientes con los desesperados por las tribulaciones, con todos generosos y llenos de un sincero afecto, del afecto predicado por Cristo a las multitudes: «Amad los unos a los otros y amad al prójimo como a vosotros mismos».

—Pasad, pasad... — dijo el posadero, cogiendo la capa de Montserrat y disponiéndose a tenderla junto al fuego para que se secara.

—¡Qué sorpresa tan grande! ¡Pero si estás calada, criatura! Ven, acércate al fuego, no vayas a coger frío.

Blas miraba las atenciones que

tenían con la señorita, pero pensaba en su mula, que seguía a la intemperie con aquel tiempo de todos los demonios, y, sin preocuparse de la interrupción, dijo, dirigiéndose al posadero:

—He dejado la mula ahí fuera y...

—Un momento, un momento — gruñó el posadero, dedicándose por entero a atender a Montserrat.

—Lo sabéis, ¿verdad? — preguntó Montserrat ante la expresión consternada de aquellas buenas gentes que tan cariñosamente la acogían.

—Sí; nos lo dijo el mozo de Mas Campín. ¡Y fueron a trabecados, gente con sangre española: quienes le detuvieron!

—Por orden directa de los «gabachos» — añadió Quim, el mozo de la posada.

—Por eso necesito ver a Enrique esta misma noche — dijo Montserrat—. El hará lo imposible por salvar a mi padre.

—¡Salir ahora sería una imprudencia! — exclamó el posadero que conocía bien los peligros que acechaban en una noche como aquella—. Algunas patrullas francesas han aparecido ya por estos contornos; practican el pillaje, saquean y roban a placer... Me ex-

traña que no hayáis tropezado con alguna...

—Será mejor que Enrique venga a buscarla — sugirió la mujer.

—Sí, trae pluma y papel y le escribiremos una carta que Quim le puede llevar... El conoce bien los atajos.

—En menos de tres saltos me planto en Martorell — asintió el mozo.

—No puedo consentirlo... Es peligroso — titubeó Montserrat.

—Casi todas las noches hago este viaje — dijo Quim, quitando importancia a los peligros que el mismo reportaba.

—Bueno... — murmuró Blas, encarándose con el posadero—. Ahora que ya han arreglado todas estas cosas creo que podrían proporcionarme un poco de cebada para «Chiquita»... Es mi mula.

—Usted mismo coja la que quiere... Mi granero está abierto para los patriotas — replicó el posadero, dando una amistosa palmada en la espalda del trajinante que salió a atender a «Chiquita» con el mismo cariño y afán que si se tratara de un gran amigo del alma.

La cuadra, grande y despejada, estaba llena de buena paja donde «Chiquita» pudo calentarse después de aquel viaje largo y accidentado. Blas le llenó el saco de cebada, se

lo ató en torno al cuello y se sentó no lejos de ella, al lado de un muchachito de unos doce años, que redoblaba un tambor, mientras en otro rincón de la cuadra otros trajinantes que se habían acogido a aquel refugio en espera de que la tormenta pasara, entonaban a coro la bellísima canción del trajinante, que llenaba la gran cuadra de melancólicos ecos:

Arri, Joan!

Blas escuchó aquella canción; luego sacó de su bolsillo una algarroba y comenzó a comerla.

—¿Son buenas? — preguntó el muchacho que jugaba con el tambor, tocándolo desacompañadamente y sin ritmo alguno.

—T o m a , pruébalas — replicó Blas, dándole una algarroba que el chiquillo mordisqueó golosamente. — ¿Cómo te llamas? — preguntó Blas.

—Isidro... ¡Son muy buenas las algarrobas! — contestó el muchacho.

—¿De dónde eres?

—De Sampedor... Claro que en tratándose de comer me gusta todo — dijo el chiquillo, sonriendo ingenuamente.

—¿Y qué haces aquí? — siguió preguntando Blas, más para que el chico no tocara otra vez el tambor que por curiosidad.

—He venido a buscar este tambor... Quiero que los de mi pueblo me admitan en el somatén... Esa que iba contigo, ¿es tu novia? — añadió, poniendo un poco de maliciosa intención en la pregunta.

—¿Novia? — replicó Blas con un gesto de profundo desdén. — ¡La mejor para quemarla!

—¡Chócala! — exclamó el chiquillo con entusiasmo. — ¡Eres de los míos! Las mujeres son un estorbo para los hombres como nosotros — afirmó con un aplomo que hizo sonreír para su colete a Blas, que seguía royendo algarrobas para matar el aburrimiento.

El niño volvió a hacer sonar el tambor. Blas se puso nervioso:

—Si quieres hacer ruido hazlo a tiempo — dijo.

Isidro le miró con una cara interrogadora, sin comprender qué era lo que quería decirle. Blas le explicó:

—Redoblas muy mal... True, yo te enseñaré... Verás, es así, a compás, a tiempo, siguiendo un ritmo, si no los soldados no podrían nunca marcar el paso... Ram... ram... ram... pataplán...

Inconscientemente los dos comenzaron a cantar, siguiendo el ritmo del tambor:

*I n'eren tres tambors
que'n venen de la guerra
Ram... ram... ram, pataplan...*



Montserrat se levantó con las primeras luces del alba. Estaba impaciente por llegar a Martorell y lograr la libertad de su anciano padre. La tormenta había cesado por completo y el sol prometía mostrarse en todo su esplendor en cuanto hubiera logrado romper la niebla matinal.

Cuando bajó a la entrada, la posadera la estaba esperando ya.

—¿Cómo has descansado, Montserrat? Voy a servirte en seguida algo de cordero. Blas ya está arreglando su carro para marchar. Siéntate...

Pero no tuvo tiempo de hacerlo, porque uno de los hombres que habían dormido en la cuadra entró desahogado y gritó:

—¡«Gabschos»!... ¡Ya están aquí!... ¡«Gabschos»!

—¿Qué hacemos? — preguntó Montserrat, palideciendo, porque sabía que la entrada de los franceses en el pueblo había de interceptar su marcha a Martorell.

—Escondernos... Ven, ven con-

migo... te dará un traje de la moza, por si acaso... ¡Esos desalmados no tendrían compasión de tí! — replicó la posadera cogiéndola de la mano y desapareciendo con ella.

Efectivamente, un pelotón de soldados franceses irrumpió en la cuadra, pisoteando el tambor de ludo que masculló, apretando los dientes con rabia:

—¡Bandidos!... ¡Franceses tenéis que ser!...

Y hurgaban en la paja en busca de armas clandestinas o de quién sabe qué tesoros ocultos; mientras otros, destrozando con las culatas de sus fusiles los cristales de la ventana, saltaban dentro de la posada dando voces y llamando al posadero con gritos estentóreos, como dueños y señores de cuanto no les pertenecía, sin respetar nada.

—¡Aquí hay más rebeldes! — gritó el teniente Dubois, descubriendo a algunos hombres que se habían agazapado en los rincones, llenos de espanto ante la intromisión de la soldadesca.

—¿Van armados? — inquirió el coronel Carotte que iba al mando de la tropa.

—A la vista está — replicó el primero que había hablado—. ¡Todos tienen armas! Ya lo supuse yo al ver lo que tardaban en abrir. ¡Hay armas en todas partes! ¡Esta es una casa de facciosos!

—¡Capitán Renoir! — gritó el coronel—. Forme el piquete... y que los fusilen — ordenó.

Uno de los hombres, valientemente, se adelantó al coronel y le dijo:

—El posadero nada tiene que ver con lo nuestro... Nos habíamos refugiado aquí sin su consentimiento.

—No le haga caso — exclamó el posadero, agradeciendo las palabras del buen hombre que trataba de defenderle, pero dando también él el pecho en aquel momento peligroso para todos—. ¡El único responsable soy yo, porque ésta es mi casa y en ella tenía escondidas todas esas armas!

—¡Cállate! — gruñó el coronel con acritud—. Bueno, llevaros a esos tres, de momento, y dejad al posadero, que ahora nos hace falta... Ya irá a reunirse con vosotros más tarde — añadió, mirando a los tres sentenciados que desafiaban la mirada de aquel hombre que les

condenaba a la muerte por su solo capricho.

Luego se dirigió al posadero y con grandes ademanes y carcajadas insolentes, le ordenó:

—Tú saca vino y todo lo que tengas de comer...

Dubois, al frente de unos soldados, bajó a la bodega y comenzaron a registrar por todas partes hasta que dieron con las dos mujeres que habían querido esconderse allí, en espera de no ser halladas por la soldadesca «gabacha».

—¡Ved! — exclamó Dubois, descubriéndolas—. Aquí están dos palomitas... ¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? — les preguntó mirando descaradamente a Montserrat, a la que encontró deliciosa.

—Es la esposa del dueño — replicó la muchacha, viendo que la pobre mujer estaba tan asustada que era incapaz de pronunciar palabra.

—¿Y tú quién eres? — inquirió el francés.

Esta vez fué Montserrat la que quedó desconcertada, y tuvo que ser la posadera la que contestase:

—Es... nuestra hija... para servir a Dios y a usted...

—Si habéis de servir a alguien no es precisamente a un Dios — quien servicéis — dijo Dubois riendo sardónicamente—. ¡Tan sólo es

coronel! Salid de aquí y subid... Arriba hay mucho trabajo para vosotros... ¡Comida para dos compañías! ¡Vamos, andando!

Las dos mujeres obedecieron y el teniente quedó allí, continuando su minucioso registro, más minucioso ahora que había visto a aquella chica y que su instinto de hombre le hizo comprender que no se trataba de una moza de misión, sino de alguna señorita disfrazada. Buscó por todos los rincones y encontró el bolso de Montserrat, escondido entre las ropas que había cambiado por las de la moza. Lo abrió y miró atentamente todo lo que contenía, quedándose con algunos papeles que creyó pudieran serle muy útiles en algún momento determinado.

Arriba, en el gran comedor de la posada, los soldados comían y bebían pródigamente, cantando a voz en grito, enardecidos por el buen vinillo que habían encontrado y por la euforia de lo que ellos creían un triunfo de sus armas, al tomar posesión de todo aquel territorio, sin acordarse de que el 2 de mayo, en Madrid, había puesto muy en alto la Bandera española y había humillado el orgullo francés hasta el punto de que muy pronto serían total y absolutamente vencidos por el fuego patrio que vibraba en todos los pechos españoles.

Entre vaso y vaso entonaban cantos guerreros o cancioncillas picarescas que coreaban con grandes risas, mientras las dos mujeres, Montserrat y la posadera, iban sirviendo entre las mesas procurando contener la indignación que sentían al tenerse que humillar ante los invasores infames que maltrataban a todos y destruían lo que les venía en gana, incluso las vidas de muchos inocentes.

Al pasar Montserrat junto al coronel, éste la miró complacido y le dijo:

—Acércate... Los franceses somos galantes con las damas... sobre todo si son hermosas...

Intentó atraerla hacia sí, cogiéndola por la cintura; pero Montserrat hizo un gesto violento logrando desasirse, mientras decía con rabia:

—¡Suéltame...! ¡Suéltame...!

—¿Fierrecilla... eh? — murmuró el coronel con sorna—. Las mujeres y los caballos me gustan con nervio. ¡Ven! — añadió, cogiéndola de nuevo por un brazo.

La muchacha se debatía violentamente, sin lograr desasirse de aquella garra, cuando de pronto se abrió la puerta y apareció un soldado que se presentó saludando militarmente:

—Mi coronel...

—¡No me molesten ahora! — murmuró éste, malhumorado, porque sólo estaba atento a aquella mujer que tenía tan cerca y que tan esquiva se le mostraba.

—Mi coronel, este hombre... — siguió diciendo el soldado, mostrando a Blas que había entrado también, rodeado de soldados que le escuchaban.

—¡Que lo fusilen! — dijo el coronel con displicencia.

—¿A mí? — gritó Blas, dando un empujón a los soldados y plantándose fieramente frente al coronel—. ¡No puede hacer esto conmigo!

—¿Por qué no? — inquirió el coronel, mirando a aquel hombre con un gesto que quería demostrar que él podía hacer lo que se le antojara siempre, sin importarle un ardite quien fuera el que estaba ante él.

—Dice que lleva un salvoconducto del Cuartel General. Según parece venía acompañando a una mujer — explicó el soldado.

Montserrat palideció. El salvoconducto se lo había cogido ella misma del bolsillo del chaleco, durante la tempestad, para usarlo ella si hacía falta; había aprovechado el tiempo en que Blas estuvo atareado tapando a la mula y había deslizado cuidadosamente sus de-

dos apoderándose del valioso documento; ahora aquel documento lo llevaba ella escondido en el pecho, y la falta de él podía costarle a Blas la vida. Esperó, con el corazón palpitándole violentamente.

—¿Quién es esa mujer que acompañabas? — preguntó el coronel, que era muy amante del sexo contrario y que gustaba de libar en todas las flores—. ¿Dónde está?

—Usted debe saberlo... La conozco igual que yo — replicó Blas, que había visto a Montserrat casi abrazada por aquel hombre en el momento en que entró en el comedor.

—Habla claro o te hago meter cuatro balas en la cabeza — gritó el coronel.

Blas no se inmutó. Con la más perfecta calma replicó:

—Son pocas para una cabeza tan dura como la mía...

—¡Estos españoles...! — sonrió el coronel, admirado de la serenidad de aquella raza que sabía desafiar a la muerte y que lograba imponer su verdad por la energía y el valor de su temperamento—. A ver, enseñame ese salvoconducto.

Blas buscó en el bolsillo en que lo llevaba siempre e hizo un gesto de asombro al no encontrarlo allí: luego lo buscó rápidamente por los demás bolsillos, sin comprender qué era lo que podía haber pasado,

porque el papel no se separaba nunca de él, desde que las tropas francesas se hallaban instaladas en la comarca.

—¡Fusíladle, por embustero! — gruñó el coronel, impacientándose.

Montserrat se decidió; sacó del pecho el papel que en él llevaba oculto y, exhibiéndolo triunfal, dijo:

—Vea su salvoconducto... ¡Lo tenía yo!

—¿Conque... era ésta la mujer que acompañabas? — interrogó el coronel mirando maliciosamente a Blas, como si comprendiera que en tan buena compañía no podía temerse a la muerte—. ¿Es tu novia? — añadió, curioso.

—¡No! — negó Blas rotundamente y con energía—. ¡No me trato con mujeres!

—*Mon Dieu!* — exclamó el co-

ronel con una risotada brutal—. ¿Han oído, caballeros? ¡A este hombre no le gustan las mujeres! ¡No vale la pena ni de que lo fusilen! ¡Que se vaya al diablo! ¡Echadle de aquí!... ¡Ah, y escucha, mentecato! — añadió, arrojándole al aire el salvoconducto, que Blas recogió en sus manos—. A ver si aprendes que en este mundo no hay más que dos cosas agradables: tener en los brazos una mujer bonita y llevar un apellido francés...

—No envidio ninguna de las dos — replicó Blas con fiera —. ¡Tengo una buena mula!...

Salió, coreado por las risas socas de los soldados, que se burlaban de él. Y dió un portazo enorme, despectivo, en el que quedaba concentrada toda la rabia que sentía hacia aquella gente.



El coronel estaba asomado a la ventana de la habitación que le había correspondido en la posada y que era, naturalmente, la mejor de la casa. La noche había cerrado y todos se habían retirado a descansar, cada uno donde pudo. Sólo los dueños de la casa estaban sin refugio ni amparo, porque hasta el último rincón lo había ocupado la brigada francesa.

Violentemente se abrió la puerta y aparecieron unos soldados trayendo a viva fuerza a Montserrat, que en vano luchaba contra ellos intentando huir:

—¡ Suéltame! ¡ Déjenme...! ¡ Suéltame! — gritaba, sin lograr más que estrechar el cerco con que los soldados la tenían vencida.

El coronel se volvió al oír las voces y sonrió satisfecho:

—*T'es voilà, ma petite!* — exclamó—. Ven, acércate...

—¡ Suéltame...! — repitió Montserrat, dando un brusco empujón a los soldados.

—¿Pero qué es esto? — murmu-

ró el coronel, como si tratara de defender a la muchacha—. ¿Desde cuándo mis soldados atropellan a las damas? ¡Quedéis arrestados! ¡Presentaos al capitán Lafayette!

Los soldados saludaron militarmente y salieron, cerrando la puerta tras sí. El coronel se dirigió a Montserrat que permanecía muda, seria, reprimiendo su ira, con los puños cerrados y apretados los labios en un gesto de indomable voluntad.

—Mis más profundos respetos, *mademoiselle* — le dijo el coronel. —Yo sólo les dije a mis hombres que «te invitaran» a subir... A veces se exceden por complacerme... Les interesa mucho estar bien conmigo... y a ti también te interesaría... Las mujeres hermosas, si son amables, lo consiguen todo de mí... Ven, brindemos por nuestra amistad... ¡y por tu belleza! — añadió, llenando dos vasos de vino y ofreciendo uno de ellos a Montserrat.

La joven lo llevó a sus labios, pero no pudo beber, mientras el coro-

nel apuraba el suyo de un solo trago.

—¿Por qué no bebas? ¡Eres muy bonita! — exclamó el coronel, intentando abrazar a la muchacha.

—¡No me toque! — ordenó ésta, lanzándole al rostro el contenido de la jarra que tenía al alcance de su mano.

El coronel sonrió, mientras secaba su rostro:

—Has cometido un error, pequeña... ¡Ya te he dicho que las mujeres me gustan así, indomables! — dijo, abrazándola fuertemente y buscando sus labios para besarla.

—¡Suelta! ¡Suelta! — gritaba Montserrat, luchando con todas sus fuerzas contra aquel brutal ataque.

Unos fuertes golpes dados en la puerta interrumpieron la escena, dejando a la desdichada criatura un momento de respiro, mientras el coronel acudía a abrir lanzando maldiciones en su idioma:

—¡Pero qué demonios pasa esta noche! ¿Quién es? — preguntó, componiendo un poco su persona: un tanto descompuesta por la lucha que acababa de sostener con aquella pequeña rebelde que tanto se le resistía.

—¡Es urgente, mi coronel! — dijo una voz desde fuera.

—¡Ah, no se puede estar tranquilo! ¿Qué pasa? Especialmente

a usted le había encargado que nadie me molestara... ¿Qué idiotez se le ocurre ahora? — preguntó al que llegaba en momento tan inoportuno para él, tan providencial para Montserrat.

—Mi coronel — dijo Dubois entregándole una carta —, se lo hubiera comunicado en seguida, pero antes me he permitido hacer algunas averiguaciones acerca de la exactitud del contenido de esta carta... Véala, mi coronel: está firmada por un tal Ramón Raventós, convicto y confeso de rebeldía... Creo que sería oportuno preguntar a esta señorita cómo se llama. Encontré la carta en su bolso... Desde el primer momento sospeché que su traje era un disfraz.

—¿Ramón Raventós? — repitió el coronel, intentando recordar.

—¡Es el cabecilla de un complot de resistencia! — explicó el otro —. ¡Esa mujer es su hija!

—*Sacré gatce!* — murmuró el coronel dirigiéndose a Montserrat —. ¿Pretendías engañarme, eh? ¡Habla! ¿No tienes nada que decir?

—¡Que lo único que lamento es no ser hombre! — replicó Montserrat con fiereza.

—¡Bien, preciosa rebelde! ¡Eso es hablar claro! Me gustará comprobar si eres de las españolas que llevan la navaja en la liga... — di-



*"Quecida hija. Cuando recibas esta carta seguramente
estaré ya en prisión..."*



*La panadería se convirtió en improvisada sala
de justicia.*



—¡Cuernos! Responde a un bando con otro bando—
gritó Tomás con energía.



—¡Bah!— Ya no tengo más Patria que mi carro ni
otra compatriota que mi mula.



—¿Lo sabéis, verdad?—preguntó Montserrat con la expresión consternada de aquellas buenas gentes.



Montserrat palideció y espotó con el corazón palpitándole violentamente.



*—Ya te he dicho que las mujeres me gustan así,
indomables..*



Un piquete de soldados franceses avanzaba por la calle...



*Montserrat se acercó al rincón en donde su padre
se hallaba postrado.*



El que llegaba era Isidro, el chiquillo del tambor.



*Entonces comenzó entre los dos hombres una
segunda lucha.*



—¡Quietos!—gritó don Ricardo.



... tenía que defenderse del otro soldado bravamente...



*El que llegaba hasta ellos, jadeante, derrengado,
venuido, era Enrique.*



*¡Somatenes! Los "gabachos" acaban de salir del
Bruch! ¡Mueran los "gabachos"!*



—¡Viva la Independencia!

jo, intentando cogerle la falda para verificar aquella comprobación.

— ¡No me toque, he dicho! — gritó Montserrat, defendiéndose con valentía y luchando vivamente contra aquel hombre al que logró empujar contra una mesa, cayendo al suelo del empujón.

— ¡Enciérrela! — ordenó el coronel desde el suelo. Y a tiempo que se levantaba, añadió—. Yo sé cómo domar a las yeguas salvajes. Vámonos, de prisa, encerradla...

A falta de calabozo la metieron en el granero, al lado de la cuadra.

Blas y el pequeño Isidro habían visto a Montserrat y se pusieron de acuerdo para ver cómo salían de allí. Engancharon la mula al carro, y se acercaron cuanto pudieron al ventanillo de la puerta tras de la cual estaba la joven.

— ¡Eh... «Mercancía»! — le dijo Blas, hablando muy quedo—. ¡«Mercancía»... date prisa, que saldremos ahora mismo!

— No... no quiero que se arriesgue por mí — replicó la muchacha, titubeando—. ¡Váyase!... Si le sorprenden le matarán...

— ¡Demonio de mujer! — gruñó Blas, acercándose a la puerta—. ¿No puede callar un minuto seguido?... ¿Oiga... sabe que han dejado la llave puesta...? ¡Es extraño todo esto! ¡Salga, pronto, suba al

carro! Tú sube también, Isidro, y andando... Nos hemos de adelantar a sus planes... Algo traman esos bandidos — murmuró, mientras cogía las riendas y azuzaba a «Chiquita» que, como si comprendiera el riesgo que corrían, comenzó un trote largo sin lanzar ni un relincho y casi como si pisara el suelo cuidadosamente por miedo a hacer ruido.

El coronel había observado desde una ventana el manejo de Blas, y, cuando vio salir el carro con el cargamento, ordenó a su ayudante:

— Mande al teniente Dupont que les siga... Ellos mismos caerán en su propio lazo...

Cuando el carro entraba ya en Martorell, Montserrat se atrevió a hablar:

— Nos vienen siguiendo, ¿verdad? — preguntó, algo asustada, más por la suerte de sus compañeros que por la suya propia.

— Sí; desde que salimos del hostal — replicó Blas, muy preocupado también.

— ¿Qué hacemos?

— Saltar aquí mismo, correr el pueblo en todas direcciones, dando muchas vueltas para despistar y entrar en la casa lo más tarde posible. Marcharemos siempre por entre las callejuelas más estrechas... Así los despistaremos mejor... Tú,

Isidro, sigue por esa calle, da vueltas por el pueblo, y vuelve aquí y métete en la cuadra... Ya te encontraré luego... Vámonos — añadió, cogiendo la mano de Montserrat—. Por aquí, y de prisa, no podemos entretenernos...

Se perdieron por entre las calles, mientras el carro y «Chiquita» quedaban abandonados en medio de una encrucijada a la que no tardó en llegar el jinete que venía en persecución de los fugitivos. Dió unas vueltas en torno al carro, miró por las calles adyacentes, no descubrió huella alguna y, dejándose guiar por el instinto embocó la primera que le salió al paso; el pueblo no era muy grande y el caballo corría más que los hombres... Esperaba encontrarlos o encontrar, por lo menos, su pista; pero antes de que hubiera avanzado unos metros, desde una ventana alta asomó un fusil, sonó un disparo y el jinete cayó al suelo sin vida, tocado certeramente por la bala vengadora de un patriota.

Blas y Montserrat se detuvieron al escuchar el disparo:

—¿Quién habrá sido? — inquirió Blas, mirando hacia la ventana de la que había salido el tiro.

—No sé... pero ha sido alguien muy oportuno — replicó Montserrat, mirando también a lo alto,

pues no había duda de que el disparo había salido de la misma casa de Enrique, a la que ellos se encaminaban—. Ahora ya podemos entrar sin miedo...

Llamaron a la puerta y el criado interrogó desde dentro:

—¿Quién es?

—Soy yo, Lorenzo, soy Montserrat... ¡Abre, por Dios!

—¡Señorita Montserrat! — exclamó el viejo criado, abriendo rápidamente la puerta que volvió a cerrar con doble cerrojo y barra en cuanto hubieron entrado en el patio los que habían llamado.

—¡Hola, Lorenzo! ¿Está Enrique? — preguntó la joven, nerviosamente.

—No, señorita... Ha salido a buscarla a usted... Hasta hace unas horas no recibió su carta... El chico del Hostal tuvo que dar un rodeo para sortear a los franceses... Entre, es peligroso estar en la calle...

—¡Adiós, «Mercancía»! — dijo Blas, disponiéndose a alejarse—. Le deseo mucha suerte.

—¿Hacia dónde va? — inquirió la muchacha.

—En busca de una cuadra... «Chiquita» necesita descansar y comer.

—La nuestra está a la vuelta...

Si quiere la abriré — ofreció Lorenzo.

—Sí — rogó Montserrat —. Hazlo, Lorenzo... Se ha portado muy bien conmigo.

—Le espero en la puerta dentro de tres minutos — dijo Lorenzo al trajinante, que salió de nuevo a la calle en busca de su mula y de su carro.

Lorenzo acompañó a Montserrat hasta donde se hallaba don Ricardo, el padre de Enrique, al que habían confinado en la bohardilla porque su ardor patriótico amenazaba constantemente con estallar y comprometer a todos en una abierta sublevación.

No se avenía don Ricardo a los manejos de su hijo. El hubiera querido luchar contra los franceses, cosa que en la medida de sus fuerzas ya hacía, puesto que había sido él mismo quien disparó contra el temiente que venía en persecución de Montserrat. Por esta causa Enrique quería hacerle pasar por loco y le obligaba a vivir allí retirado, aunque siempre dispuesto a dar la cara contra los «gabachos», en defensa de la independencia patria.

—Mi hijo es un traidor... un cobarde... un afrancesado — dijo don Ricardo a la joven, casi sin saludarla, hablando de la única idea fija que tenía en su mente y que le atormentaba de noche y día.

—No lo creo... no puedo creerlo —replicó Montserrat.

—¡Tampoco quería creerlo yo! Pero hace dos días, cuando supo que venían los franceses, fué a entrevistarse con ellos, a ofrecerles estat casa... ¡La casa de mis antepasados!

—No... no puede ser cierto... ¡Enrique es un patriota! — exclamó Montserrat, creyendo más en la locura del padre que en la traición del hijo.

—Muy pronto lo verás con tus propios ojos — aseguró don Ricardo con amargura.

—Yo vengo para que salve a mi padre... ¡y sé que lo hará! — afirmó la joven con energía, segura de sus palabras.

—¡Claro que lo hará! Los «gabachos» no le negarán nada... Son sus amigos... ¡Pero si yo fuera Raventós preferiría pudrirme en la cárcel antes que salir gracias a la traición de uno de los nuestros!...

—¡Don Ricardo! — exclamó Montserrat, dolida de aquellas palabras.

—No me hagas caso, pequeña... Ya te he dicho que todos me tienen por loco y por esto vivo aquí encerrado... ¡No me hagas caso! — repitió don Ricardo, con un amargo acento en su voz.

A la siguiente mañana, Blas se dispuso a partir. Enganchó a «Chiquita» al carro, la golpeó cariñosamente y le dijo, en aquel tono amistoso y tierno con que le hablaba siempre:

—¡Animo, «Chiquita»! Supongo que habrás descansado bastante. ¿eh?

—¡Huy...! —exclamó Isidro, haciendo un expresivo gesto—. Está cansada de descansar.

—Tú cállate, y andando, pequeño —rió Blas.

—¿No quiere despedirse de la señorita? —preguntó Lorenzo, que había ayudado al mozo en sus trabajos.

—No... es preferible que no lo haga... Las mujeres traen mala suerte —murmuró Blas.

—Entonces... ¡Buen viaje! —saludó Lorenzo, abriendo el portón.

Blas cogió a «Chiquita» de la rienda y fué a salir; pero rápidamente hizo hacerle marcha atrás, asustado de lo que sus ojos veían: un piquete de soldados franceses

avanzaba por la calle en dirección a la casa:

—¡Soooo...! ¡Tras... «Chiquita»... tras! —amizó Blas, empujando fuertemente a «Chiquita», que obedeció prestamente.

—Hace bien en no salir —aprobó Lorenzo, cerrando con rapidez la puerta—. Le robarían el carro.

—¡La piel nos robarían esos cochinos! —exclamó Blas, dando un respingo.

—Nos han perseguido por rebeldes —explicó Isidro con mucho orgullo.

Blas atisbó por la mirilla y murmuró en voz baja:

—Son los miamos del Hostal... Tendría que avisar a la señorita Montserrat.

—Venga... yo le acompañaré hasta donde está la señorita.

—Vamos... Tú espérate aquí, Isidro... Mete el carro en aquel rincón y desengancha a «Chiquita».

Blas siguió a Lorenzo y el pequeño se quedó junto a la mula a la

que acarició el hocico diciéndole con su pizquita de sorna:

—¡Ya vea... no quería ni despedirse de ella!

Y comenzó a desangancharla cachazudamente, seguro de que le quedaba mucho tiempo por delante para hacer aquel trabajo.

Bias puso en antecedentes a Montserrat, rápidamente, con nervio, queriendo prevenirla del peligro que la acechaba:

—Los franceses están entrando en el pueblo... ¡Son los mismos del Hostal! Acabo de verlos... ¡Es preciso prevenirse!

Don Ricardo miró al muchacho con atención y preguntó a su futura nuera:

—¿Este es el trajinante que te trajo hasta aquí?

—Perdone que sea un maleducado — dijo Bias, que hablaba rápido y sin titubeos—. Tengo que hablar con ella confidencialmente...

—Nadie te lo impide, muchacho — replicó don Ricardo, complacido de aquella llaneza que otro hubiera calificado de excesivamente brusca.

—Eres de los hombres que miran cara a cara con una mirada franca... ¡Me gustas, muchacho, me gustas!

Se alejó, dejándoles solos, a tiempo que ya en la casa irrumpían los soldados franceses, capitaneados

por Carotte, aquel que había querido abusar de Montserrat en el Hostal y del que ella se había defendido tan bravamente.

—¡Estos españoles son la gente más dura y cerril que nos hemos tropezado! — gruñía Carotte impacientándose porque no se les recibía con todos los honores, rindiéndoles armas y sometiéndose por entero a su dominación.

—Perdón, coronel — dijo la voz de Enrique que acababa de llegar y que se apresuraba a atender a los franceses con una amabilidad y unas atenciones inusuales—. Esta es mi casa... Todo está preparado para cuando llegue al general.

—De acuerdo, don Enrique—contestó Carotte, deponiendo un poco su actitud de matón—. Desde luego su casa es magnífica y creo que será del gusto del general — añadió, contemplando la señorial entrada, el patio recoleto y magnífico, la gran escalera de honor que de él arrancaba y las galerías altas de puro estilo mostrando la encantadora gracia de sus arcos y la policromía algarabía de colores de sus grandes cristaleras.

Luego dió las órdenes oportunas para que formaran guardia y se esperara al general con todos los honores.

Cumplió cada uno su cometido y

pronto quedó la casa convertida en general para que discutieran y disciplinarian su cuartel. Poco después pararon sus planes.

Cuando se retiraba, Lorenzo, el viejo criado, llamó a Enrique con un ligero bisbiseo:

— ¡Sss... Sss... Don Enrique! Hace más de una hora que busco la manera de hablar a solas con usted... La señorita Montserrat está arriba, con don Ricardo.

— ¡Ya sabes que no quiero que nadie suba a ver a mi padre! — exclamó Enrique, contrariado. — Ve a buscarla y esperadme en el establo, sin que nadie la vea... Dile que voy a recoger la orden de libertad de su padre y que bajo en seguida.

Lorenzo cumplió fielmente lo indicado por su amo y llevó a Montserrat hasta la cuadra, a través de largos y extraviados corredores a fin de que no la vieran los franceses.

— No estaré tranquilo hasta que vuelva con don Enrique... — murmuraba Lorenzo. — ¡Ese trajinante no acaba de gustarme!

— Me ha traído hasta aquí... y se ha portado muy bien durante todo el viaje — replicó Montserrat, defendiendo a aquel muchacho.

— ¡Pero si el señorito Enrique se entera de que se ha quedado solo con don Ricardo...!

— No hay ningún mal en ello — afirmó Montserrat.

— Tengo prohibido que nadie ha-

— Espero que la casa sea de su agrado, general — dijo, saludando militarmente.

— No lo dudo... — contestó el general, sonriendo complacido a la vista de aquel palacio que mostraba hasta en el último rincón su sanción abolicionista.

Luego añadió, como si recordara algo de pronto:

— Me comunicaron su petición y quiero demostrarle, para que sirva de ejemplo, que los franceses ayudamos a quienes nos ayudan. Coronel Ledóc, extienda una orden de libertad para... ¿Cómo dijo que se llamaba? — inquirió, haciendo un esfuerzo de memoria.

— Ramón Raventós — apuntó Enrique cortésmente.

— Es verdad... Orden de libertad para Ramón Raventós. Yo mismo la firmaré.

— Gracias, mi general. Procuraré ser digno de la confianza que se me otorga — dijo Enrique, mostrándose solícito y agradecido por el favor que le dispensaban.

Les acompañó hasta el despacho grande y primorosamente amueblado y dejó allí al Estado Mayor del

ble con el señor — explicó Lorenzo misteriosamente—. ¡Dios nos libre que los franceses lo descubrieren!

—Por parte de Blas puedes estar tranquilo — aseguró la joven, que tenía plena confianza en el trajinante.

En aquel momento bajó Enrique, y Montserrat corrió a él como su único refugio y apoyo:

—¡Enrique! — exclamó como en un grito de socorro.

—Fuí a buscarte al Hostal en cuanto recibí tu carta... ¡Cometiste muchas imprudencias, Montserrat! — dijo Enrique en tono de reproche.

—Te aseguro que no fueron imprudencias... ¡Me defendí como mujer!

—Bien... ya lo discutiremos más tarde... Debemos apresurarnos...

—¿Conseguiste la libertad de mi padre? — inquirió Montserrat con inquietud.

—Sí... Ahora iremos a buscarle.

—¡Gracias, Enrique! — murmuró la muchacha, emocionada—. Dicen que eres un traidor... pero yo sé que todo lo has hecho por mí...

—No hagas caso de lo que te digan — murmuró Enrique, un tanto molesto—. Anda... vamos... se hace tarde...

Montserrat subió al coche y Enrique todavía habló unos momentos con Lorenzo:

—Ten preparada la habitación de poniente para cuando volvamos. Quiero tener a Montserrat segura — ordenó—. Y procura que nadie suba al desván. ¡Si los franceses le descubrieran...! — murmuró con angustia.

Luego partieron tan silenciosamente como les fué posible.

En la prisión la guardia jugaba a los dados mientras otros charlaban o dormitaban por los rincones. La llegada de Enrique y Montserrat no despertó ni curiosidad, ni asombro. Siguió cada uno en su entretenimiento y Enrique mostró a un oficial la orden de libertad firmada por el general en jefe de las tropas expedicionarias.

—¡Ah... Ramón Raventós! — comentó el oficial sin dejar de agitar los dados entre sus manos—. Decidle que suba.

—Está enfermo. No puede levantarse — contestó poco después un soldado.

Montserrat sintió un estremecimiento de angustia y suplicó a Enrique:

—Diles que me dejen bajar a su lado... ¡Está enfermo! ¿No has sido que ni siquiera puede moverse?

—Nadie puede bajar a los calabozos — gruñó el cabo de guardia.

—Quizá esto le haga cambiar de opinión — agregó Enrique, mos-

trando a su vez el documento al cabo de guardia.

Cedió el cabo ante tan poderosa razón y bajaron Enrique y Montserrat. La atmósfera era nauseabunda en aquel inmundo sótano donde estaban hacinados, esperando su sentencia de muerte, los buenos patriotas que habían caído en manos de los invasores. Algunos llevaban allí unos días; otros muchas semanas; todos mostraban rostros macilentos, famélicos, pálidos por la falta de aire y de alimentos, y con una expresión de angustia en los ojos, como si toda la amargura de la Patria vencida por el invasor pesara sobre ellos.

Montserrat se acercó al rincón en donde su padre se hallaba postrado en el suelo. El pobre desdichado tenía los ojos cerrados y la respiración fatigosa. No se dió cuenta de que alguien muy querido estaba junto a él. Montserrat le acarició la frente y le dijo con ternura infinita:

—¡Padre...! ¡Padre, soy yo, soy Montserrat!

—¡Hija mía...! —tembló la voz de don Ramón, mientras se esforzaba por estrechar la mano de su hija y hacía un gesto que quería esbozar una sonrisa que más bien era una mueca de dolor.

—Vengo a buscarte, padre. Te traigo la libertad... —dijo Montserrat sintiendo que las lágrimas le rodaban por la mejillas porque se daba perfecta cuenta del estado de gravedad en que se hallaba su padre.

—Es ya inútil, hija mía —replicó éste, convencido de que su fin estaba muy próximo. Y acariciando el rostro de su hija murmuró, al encontrar la humedad de sus lágrimas:

—No llores, pequeña... ¡Dios está con nosotros! ¡España se ha de salvar...!

—Papá... aquí está Enrique que ha venido conmigo a buscarte...

—¡Enrique...! ¡Es la alegría más grande que podía darme —balbució don Ramón, esforzándose en hablar y con un hilo de voz que iba haciéndose cada vez más débil.

—Acércate, Enrique... No quiero morir sin que me prometas que te casarás con Montserrat... y que los

dos lucharéis por esta libertad que a mí me es negada... ¡Ayudad a todos los que ahora están conmigo! Moriré tranquilo, sabiendo que vosotros continuaréis lo que nosotros hemos empezado... ¡Prometédme-lo! —rogó don Ramón con voz casi ininteligible.

—Te lo prometo, padre... ¿Verdad, Enrique? —suplicó Montserrat, dirigiéndose a su novio que guardaba una actitud reconcentrada y sombría.

Como si saliera de una abstracción dolorosa, Enrique replicó:

—Sí... se lo prometemos...

—Gracias, hijos míos... ¡Que Dios os bendiga...!

Fueron sus últimas palabras. La mano que Montserrat tenía cogida entre las suyas adquirió una extraña rigidez, y la joven, en un grito de angustia, se arrojó sollozando sobre el cuerpo sin vida de su padre.

Enrique, tomándola en sus brazos y sosteniéndola, la obligó a salir de allí, de aquel lugar de dolor y de tristeza, donde quedaba el cadáver de don Ramón, como una afrenta más caída sobre los franceses, autores de lo que Montserrat consideraba como un asesinato.

Montserrat vivió desde aquel día en la casa de Enrique, en la habitación que éste le había hecho preparar y en donde se sentía la joven poco menos que secuestrada.

La amargura de los últimos acontecimientos la tenía sumida en una honda desesperación de la que no lograban hacerla reaccionar las visitas de Enrique, que iba a hacerle compañía cuando sus actividades no la tenían alejado de ella.

—Hemos de ser fuertes — le decía Enrique, a quien comenzaba a exasperar la continua tristeza de su novia—. El ya no sufre... Debemos olvidar.

—¡El ya no sufre... pero sufre yo! —replicó Montserrat, irguiéndose herida por el tono en que Enrique había pronunciado aquellas palabras—. ¿Es que no te das cuenta de que era mi padre, de que nunca más le veré, de que le han matado esos malvados...?

—Yo te haré olvidar la tristeza de estos días — murmuró Enrique sin entusiasmo.

Montserrat apoyó su cabeza flo-
rosa en el hombro del joven y su-
plicó como una niña que se encuen-
tra perdida:

—No te separes nunca de mí, Enrique... No me dejes sola... Ha sido su último deseo... Vámonos lejos de esas gentes... Te lo suplico, Enrique.

—Ya te dije que de momento no podía ser — replicó éste sin poder dominar sus nervios.

Montserrat le miró dolorosamente sorprendida:

—¿Y por qué no puede ser? —
inquirió, comenzando a sospechar.
—¿Qué te obliga a permanecer en
esta casa y convivir con los asca-
nos de mi padre, con los enemigos
de nuestra Patria? ¿Es que no sien-
tes, como yo, el asco y el dolor de
tenerlos cerca?

— ¡Calla...! ¡Calla...! — suplicó Enrique, asustado de que pudieran oírle.

—¿Será cierto lo que dicen de ti?—continuó Montserrat con acento cada vez más dolido y patético—

¿Por qué no me dejas subir a ver a tu padre? ¿Por qué no me dejas salir de esta habitación?

—No tengo tiempo de explicártelo... Pero ten por seguro una cosa: todo lo que hago es por tu bien — aseguró Enrique, sin gran convencimiento—. Y ahora, perdónatme, tengo que dejarte... Te suplico que no te muevas de aquí, pase lo que pase.

Enrique se encaminó precipitadamente al despacho del general. Estaba éste conferenciando con Carotte.

—Después de las investigaciones que llevo practicadas — decía el coronel — he sacado la deducción de que el dueño de esta casa es el cabecilla de los rebeldes...

—No me gusta que se hable a la ligera — replicó el general, no queriendo dar crédito a lo que oía—. Le doy dos horas para que me presente su afirmación. De todos modos le anticipo que Enrique Torelló nos ha prestado grandes servicios. Tan grandes que descartan en absoluto la idea de un doble juego... Pase — añadió el general, ante la llamada de Enrique que se presentó ante él un poco nervioso por la conversación que acababa de sostener con Montserrat.

—Siento habernos retrasado, general — se disculpó Enrique.

—No tiene importancia... Quería consultar unos detalles con usted. Cito que conoce usted bien todos estos terrenos, ¿verdad?

—De pasado en ellos toda mi vida, general — replicó Enrique.

—Tengo suficiente confianza en usted para comunicarle que esta madrugada emprendemos la marcha, y quisiera pedirle que nos acompañara.

—Será para mí un placer, general — dijo Enrique sonriendo.

—Bordaremos la sierra de Montserrat siguiendo la carretera de los Bruchs. En Casa Massana dividiremos la columna. Un destacamento hacia Manresa y el resto hacia Igualada... ¿Cree posible que encontremos resistencia en alguna parte?

—Lo dudo... — murmuró Enrique—. Algunos sectores del bajo pueblo, mal informados, piensan amotinarse; pero se impondrá el buen criterio. Acabarán por hacerse cargo de que la ocupación francesa no puede reportarnos más que ventajas y de que su influencia será muy beneficiosa para nuestra cultura... Yo, y muchos españoles como yo, ya lo creemos así, y por eso estamos a su lado...

Enrique hablaba sin sospechar que su padre, desde la hohardilla en que estaba encerrado, le escuchaba a través de una diminuta

trampa abierta en el suelo que caía precisamente sobre la mesa donde estaba sentado el general. A su lado Blas escuchaba también, con el corazón angustiado, las palabras de Enrique que revelaban hasta qué punto se había dejado dominar por los franceses.

—¿Estás oyendo? — rezongó don Ricardo al oído de Blas—. Afrancesado y traidor hasta la punta de los zapatos...

—Lo que me preocupa es que Montserrat no haya vuelto — dijo Blas, inquieto por la inexplicable tardanza de la joven—. Prometí esperarla, pero...

—¡Yo no aguanto más! — exclamó don Ricardo, tomando su espingarda y apuntando directamente a Enrique a través de la mirilla abierta en el suelo.

Blas le detuvo:

—¿Qué va usted a hacer?

—¡Déjame! — gritó el viejo, forcejeando con rabia.

Unos golpes dados en la puerta interrumpieron la escena. Don Ricardo reaccionó y dijo a Blas:

—Abre y cíbrete con la puerta... Yo me encargo de despachar al que sea... si no es un amigo...

El que llegaba era Isidro, el chiquillo del tambor, que había quedado en la cuadra cuidando de «Chiquitas».

—¿Qué quieres? ¿Por qué me buscas? — preguntó Blas, ansioso, comprendiendo que la presencia del pequeño era indicio de algo grave.

—Te han requisado el carro — explicó el niño—. Transportan armas. Además, no esperes a Montserrat, porque está encerrada en la habitación de poniente... Su novio no la deja volver aquí...

—¿Hacia dónde está esa habitación?

—Ven... yo te la enseñaré.

—Tú vuelve a la cuadra y sigue vigilando... No pierdas de vista a esos hombres y averigua todo lo que puedas... Yo me encargo de Montserrat — dijo Blas, saliendo de la bohardilla precedido del muchacho.

Montserrat estaba en la habitación de poniente, cierto; pero no estaba sola. Carotte había descubierto su escondrijo y, sin permiso, había penetrado en la habitación y se había enfrentado con la muchacha, con una sangre fría que dejó a Montserrat aturdida y momentáneamente atemorizada.

—¿Qué busca aquí? ¿Qué pretende? ¡Salga inmediatamente! — había gritado Montserrat al ver a su perseguidor.

—¡Hola, pequeña!... Me estás resultando un poco ingenua... ¡No has tenido ni la habilidad de saber-

te esconderé... No, mi petite, no puedes salir de aquí — añadió con la más perfecta calma, viendo que la joven intentaba huir—. Mis soldados tienen orden de detenerte... Tu amigo lo ha confesado todo...

—¿Blas? ¿Mentira! — afirmó Montserrat, segura de lo que decía.

—Al principio se hizo el remolón, pero al fin ha dado el nombre de los principales rebeldes... entre los que se encuentra el tuyo... el de tu padre... y el de...

—¿El de quién? — preguntó Montserrat, viendo que se detenía.

—¡Oh, es usted despreciable!

—¿Y si yo soy despreciable... qué calificativo merece don Enrique Torelló? — inquirió Carotte con un acento irónico que hirió cruelmente a la muchacha.

—¿Qué quiere usted insinuar? — preguntó Montserrat, haciendo valientemente frente a la situación.

—Que no comprendo cómo siendo tan patriota mantienes compromisos matrimoniales con un traidor.

—¡Falso! ¡Enrique no es un traidor! — gritó Montserrat, defendiendo a su novio.

—¿Entonces nos traiciona a nosotros? Esto es, precisamente, lo que quería saber.

—Si eso que llama traicionarles es patriotismo, Enrique es tan pa-

triotista como yo, como don Ricardo, ¡como todos los de esta casa!

—¿Don Ricardo... está en esta casa? — preguntó Carotte, cogiendo por el brazo a Montserrat y apretujándolo con fuerza—. ¿Quién es ese don Ricardo? ¡Contesta, di...!

—gritó Carotte, deponiendo su actitud dulce de hombre de mundo y adoptando simplemente la brusca y haca del soldado frente al enemigo.

Montserrat comprendió que había caído en una redada y no contestó.

—¿Qué fama os trae entre manos? — siguió diciendo Carotte con talia creciente—. ¿Qué representan tu novio y ese don Ricardo en la rebelión? ¿Quién es el jefe? ¡Contéstame! — ordenó, retorciéndole el brazo sin piedad.

Montserrat aprovechó aquel momento para apoderarse, con la mano que tenía libre, de la pistola que pendía del cinto del soldado y, encañonándola bravamente directamente al pecho de Carotte, le dijo, mordiendo las palabras:

—Esta es la respuesta a mis preguntas... Pienso contestarlas todas de una vez... Me gustaría hacerlo como lo hicieron con mi padre, lentamente... ¡No dé un paso más!... Matarle despacio, complaciéndome en su muerte...

En aquel momento entró Blas en

la habitación, de un violentísimo empujón dado en la puerta. Carotte sonrió y murmuró con una fingida galantería: —

—Merci, mon ami!

—¡Blas...! —gritó Montserrat yendo hacia el tratinante y no pudiendo évitae que Carotte se apoderase de su pistola, añadiendo con la misma melosidad: —

—Le repito las gracias por haber entrado tan oportunamente. ¡Me ha hecho un señalado favor!

—¡Bah... no tiene importancia! —replicó Blas, abrazado a Montserrat y sin perder su serenidad—. Pensé que estaba en un apuro... y me decidí a ayudarle... Por eso he entrado...

—Esta vez de nada van a servirte tus chanzas —replicó Carotte, dueño de la pistola y, por tanto, de la situación—. ¡Esta vez no os salvaréis ninguno de los dos!

Blas, que estaba junto a la puerta, disimuladamente dió en ella unos golpes. Carotte reaccionó y replicó creyendo que alguien quería entrar: —

—¡Adelante!

Fué en aquel momento que Blas se le arrojó encima, descargó sobre él un formidable puñetazo, le derribó al suelo y logró que la pistola cayera de sus manos. Entonces comenzó entre los dos hombres una

enconada lucha que Montserrat siguió ansiosa y anhelante.

Rodaron por el suelo varias veces, cayeron con ellos algunas sillas y mesas; pero lograban volver a ponerse en pie y descargaban con más saña los puñetazos y los golpes, sin piedad, dispuestos a aniquilarse uno a otro, puesto que no había más alternativa que la de vencer o morir.

Blas fué el más fuerte. En uno de los formidables puñetazos que dió a su adversario dejó a éste tendido en el suelo sin sentido y, para reafirmar todavía más su victoria, le dió un nuevo golpe antes de salir de la habitación.

Luego, cogiendo de la mano a Montserrat, corrió con ella apresuradamente, mientras murmuraba con un poco de despecho: —

—¡Y pensar que no quería meterme en nada...!

Encontraron a don Ricardo que salía de su escondite decidido a jugarle la vida si era preciso con tal de echar a los «gabachos» fuera de su casa, y les preguntó, asustado al ver su rostro descompuesto: —

—¿Qué os pasa? ¿Dónde vais?

—Huimos —replicó Blas—. No podemos detenernos.

—No podéis huir... La casa está rodeada de fuerzas francesas que os detendrán y os matarán... Escon-

deos en la escalera de caracol y esperad... Yo me encargo de hacer desaparecer hasta el último de los soldados. Luego bajáis al establo por la escalera interior... ¡y buena suerte!

—¿Qué va usted a hacer? — preguntó Montserrat llena de angustia.

—¡Llévatela! — ordenó, autoritario, don Ricardo.

Blas obedeció, porque estaba seguro de que el caballero obraba juiciosamente y que lo esencial era arrancar a Montserrat de las garras de aquellos cuervos.

Don Ricardo llegó hasta el despacho que ahora ocupaba el general, que seguía hablando en aquellos momentos con Enrique, y apuntando a los dos, gritó con una energía escalofriante:

—¡Quietos... o disparo!

—¿Te has vuelto loco? — preguntó Enrique, sin poder dominarse.

—¿Quién es ese hombre? — preguntó casi al mismo tiempo el general.

—Es mi padre... ¡Yo le haré salir! — afirmó Enrique.

—¡Quietos! ¡Tú más quieto que nadie! — gritó don Ricardo apuntando valientemente al pecho de su propio hijo—. ¡No me temblará el pulso si tengo que disparar sobre ti... General, llame a la guardia...

¡Les quiero a todos aquí! ¡He dicho que llame a la guardia... pero sin moverse! Les puede llamar desde aquí... — ordenó don Ricardo que era el dueño absoluto de la situación.

El general hizo lo que le ordenaban, atemorizado por la amenaza que sobre ellos pesaba, y la guardia subió a la llamada del general, dominándoles a todos con su energía el bravo don Ricardo, hasta que apareció el coronel Carotte, ya supuesto de su descalabradura, disparando sobre el patriota, el cual había conseguido dejar el campo libre a Montserrat y Blas que aprovecharon la ausencia de la guardia para deslizarse cautelosamente hasta la cuadra. Allí los soldados utilizaban el carro del trajinante para trasladar armas, y el pequeño lairdo, que había sido descubierto en su escondrijo del montón de paja, tuvo que ayudarles, aunque no perdía de vista ninguno de sus movimientos y estaba siempre alerta para cualquier oportunidad que se presentara.

Y la oportunidad se presentó, pues vió a Blas en la oscuridad de la escalera, que le interrogaba con los ojos. lairdo le hizo un gesto expresivo, dándole a entender que esperara, que él hallaría medio para ponerse al habla con él. Recogien-

de armas, Isidro se acercó cuanto pudo al lugar donde Blas, siempre de la mano de Montserrat, permanecía oculto.

—¿Cuántos son? — le preguntó éste en una voz tan baja que casi ni él mismo logró oírse.

Pero el niño le había oído bien, y con los dedos le señaló que sólo eran dos.

Blas no esperó ni un momento: con el valor y la decisión de que ya había hecho gala tantas veces, saltó sobre uno de los soldados, lo derribó, le dió un fuerte culatazo y le dejó extenuado a tiempo que tenía ya que defenderse del otro bravamente, porque le acosaba por la espalda.

Isidro, sin pensar en lo que hacía, guiado sólo por su instinto patriótico y su afán de hacer bien a sus compatriotas, viendo a Blas en peligro inminente, apuntó y disparó la escopeta que tenía entre las manos. El soldado francés cayó al suelo sin vida y, antes de que pudieran darse cuenta de lo que hacían, Blas obligó a Montserrat y a Isidro a subir al carro y él mismo cogió las riendas y azuzó a su «Chiquita» que, al oír la voz de su amo, puso más empeño en obedecer las órdenes que se le daban y emprendía un rápido trote, olvidada de la carga que llevaba y contenta de vol-

ver a ser la fiel compañera del trajinante, que le decía con dulzura:

—Arre, «Chiquita», arre... ¡Prometo, «Chiquita»...!

Cuando ya habían salido del pueblo, sin tropiezo, porque la guardia creyó que el carrito iba en uno de sus nuevos viajes transportando armas, ya que Blas se había endosado el uniforme del soldado francés, el valeroso trajinante, mirando a Isidro que iba encogido en su asiento y sin despegar los labios, le preguntó:

—¿Qué te pasa, pequeño? ¿Estás enfermo?

—Sí... tengo miedo — contestó el niño — ¡He matado a un soldado!

—¿Y qué crees que representa la vida de un soldado en estos momentos? Pregúntaselo a «Mercancías»... ella te lo dirá — dijo Blas, que nunca había llamado a Montserrat por su nombre —. ¿No sabes que todos nos hemos vuelto locos y que nuestra única obligación es matar? ¡Ahora ha sido ese infeliz soldado... y quién sabe si ha caído ya don Ricardo... o si dentro de unos momentos seremos nosotros...! ¿No es así? — añadió, mirando fijamente a la joven que tenía el rostro contraído y preocupado —. ¿No es esa vuestra guerra?

—¡Blas... nosotros no la queria-

mos... ¡ ¡ Nosotras no hacemos más que defendernos del invasor!

— ¡ Bah... estoy harto de todo esto! — exclamó el trajinante, mientras hacía un gesto de dolor, llevándose la mano a un brazo que tenía ensangrentado.

— ¿Estás herido? — preguntó la muchacha con solicitud y ternura.

— Sí... ¡ también él tenía derecho a defenderse! — replicó Blas con sencilla llaneza.

Montserrat se lo vendó con su propio pañuelo y le miró con honrado agradecimiento.

El viaje iba realizándose sin tropiezos. Dejaron a Isidro en la encrucijada de dos caminos, uno de los cuales llevaría al niño hasta Sampedor. Allí, en la encrucijada, alzábase una ermita en donde hicieron alto, y el fraile que la atendía curó la herida de Blas y multiplicó la pena de Isidro asegurándole que la muerte que había dado al soldado no era pecado grave, ya que había sido en defensa de otro ser humano. Y así se separaron, encaminándose el niño hacia su casa y Montserrat y Blas cametern adelante metidos en el carro del que dócilmente tiraba su mula.

Más adelante volvieron a apearse y se detuvieron a descansar en un apacible rincón de la montaña. Habían estado silenciosos mucho ra-

to y Blas rompió aquel silencio murmurando, acordándose de Isidro:

— Es un gran chiquillo y se hace querer.

— Tú también — replicó Montserrat—. Y abetra mucho más, porque empiezas a tomarte en serio nuestras cosas...

— ¿Las tuyas... y las mías? — inquirió Blas, sonriendo.

— Las de todos — afirmó Montserrat, muy serio.

— No, Montserrat. Es cierto que mi vida ha cambiado de rumbo, pero cuanto he hecho lo hice por ti. No lo he hecho por Dios ni por la Patria.

— Lo siento, Blas... Tu sangre era roja y caliente cuando te vendé el brazo... Al sentirla correr por mis dedos llegué a creer que algún día serías capaz de...

— ¿De vengarme? — inquirió él un poco escéptico.

— No. Nosotros no luchamos por venganza.

— Mataron a tu padre.

— Sí, mataron a mi padre. ¡ Es el dolor más grande que me podían causar! Sin embargo, no les odio por eso... no, Blas... Los patriotas no luchamos por venganza, luchamos por todo aquello que es nuestro y nos quieren arrebatar... por esta montaña gris que es casi más alta que las nubes... por este cielo

amul que se despliega como un manto protector; por esta ermita escondida y humilde, pero nuestra. Luchamos por estos bosques y esos tuestos y aquellas viñas y aquellos pueblos y ciudades... Luchamos por que sus hijos puedan seguir viviendo con la cabeza erguida y por que los campesinos puedan abrir el fecundo surco de sus campos y los tejedores tejer el delgado hilo de sus telas... y por que tú, Blas, puedas seguir trabajando con tu carro y con «Chiquitas»... Y por que las noches abiertas, cuando viajes en paz con tu conciencia, puedas volver a recrearte contemplando cómo caen en el cielo las estrellas...

—Sigue hablando, Montserrat — suplicó Blas, que la había estado escuchando prendido en la armonía de su voz y en el encanto de toda su persona—. ¡Ahora veo caer las estrellas en el cielo de tus ojos...!

En aquel momento se reunió a ellos un grupo de patriotas, desertores del ejército que formaban los franceses, y que iban a unirse a las fuerzas españolas que se concentraban en el Bruch para luchar contra el invasor.

—Nosotros también vamos allá— dijo Montserrat—. Entregaremos armas a los somatenistas. Tenemos el carro lleno de armas de los franceses.

—¡Pues vamos allá! — gritaron los enardecidos jóvenes que habían logrado escapar del ejército francés al que habían sido incorporados violentamente por las tropas de los egabachos.

—En casa Massana dan armas a todos... Vamos allá — añadió uno de los desertores.

Y allí se encaminaron todos, dispuestos a dar sus vidas por la independencia de la Patria.



Tomás era el alma del movimiento. Había pedido al pueblo que entregara todos los objetos de plomo que tuviera, para poder ir fundiendo balas; y el pueblo entero comparecía trayendo los enseres más disparatados y más inútiles, pero con tan buena fe que Tomás no podía enfadarse con ellos aunque daba voces y gesticulaba como si se los fuera a tragar.

Venían a alistarse todos los hombres útiles para la guerra, y aun muchos que ya no podían aguantarse sobre sus pies. E incluso chiquillos recién salidos de la escuela pretendían formar parte de los defensores del Bruch. Tomás tenía que luchar con todos ellos y con las mujeres que acudían a ofrecerse para todo lo que fuera menester: si ellas no podían luchar podían cargar las armas, o cocinar al aire libre para que la tropa no desfalleciera, o atender a los heridos; podían dedicarse a todos los quehaceres que comporta consigo una

contienda, aunque ninguna de ellas supiera manejar armas.

Tomás repartía armas y municiones, sin dejar de chancear con los que se acercaban a él:

—Aquí tienes diez balas — dijo a uno que mostraba mucha impaciencia por matar a los franceses.

—¡Diez «gabachos» que entregaron su alma al diablo! — afirmó el valiente voluntario.

—Y aquí tienes una hoz...

—¿Y qué hago yo de las balas, sin trabuco? — preguntó el hombre.

—Las balas te las guardas en el bolsillo... y con la hoz le pides a un francés que te preste su fusil— replicó Tomás con expresivo gesto y riendo a carcajadas.

—¡Me lo prestará, estoy seguro! — exclamó el hombre, riendo también y blandiendo la hoz como si ya le arrancara la vida a un francés.

Así se prepararon aquellos valientes. Trabajaron en los bosques interceptando caminos, abriendo fo-

as, cortando pinos seculares que dejaban derribados en medio de la carretera, apelotonándose en las cumbres para dominar el llano y no consentir que la montaña fuera escalada por los franceses. La Montaña era el mejor baluarte para la defensa de España, porque en ella les amparaba el manto maternal de la Virgen que velaría por la integridad de la Patria, por su unidad intangible, por la inmortalidad de sus ideales.

Los patriotas, reunidos en la montaña, esperaban al enemigo con una agresiva hostilidad; y en defensa, al pasar los años, había de quedar grabada como gesta heroica en el glorioso libro de la Historia de España.

Tomás trabajaba adientemente y les alentaba a todos yendo de unos a otros, azuzándoles para que se apresuraran. Las columnas francesas avanzaban y estaban formadas por millares de soldados, equipados magníficamente, mientras ellos no eran más que un puñado de hombres, con malas armas, pero con una férrea voluntad y un inquebrantable valor.

—Vamos, a trabajar, no quiero gandules — decía Tomás a sus hombres.

—Si no te gusta mi modo de trabajar — le dijo Blas, que era el que

más entusiasmo ponía en su tarea—, dilo y te planto.

—Eso es lo que quisieras... ¡plantarnos! Pero has de trabajar hasta que yo mande... y luego liquidaremos una bofetada que tenemos pendiente — le dijo Tomás, que no se había olvidado de la que le diera Blas el día en que llevó al pueblo el papel con el sello francés.

Blas iba a contestar, pero se detuvo al ver a lo lejos una figura que avanzaba hacia ellos agitando en el aire un pañuelo.

—Alguien viene...

—¡Que nadie se mueva! — ordenó Tomás, al ver que ya muchos se habían echado el fusil a la cara.

El que llegaba hasta ellos, jadeante, derrengado, vencido, era Enrique, el novio de Montserrat, que se presentó francamente, con el fracaso de sus ideales pintado en su rostro.

—¡Al fin he podido escaparme de sus garras! — explicó, cuando hubo cobrado aliento—. ¡De las garras de la cultura francesa, que con tanta ilusión había yo defendido! Tan ofuscado estaba que no podía darme cuenta de la realidad de vuestra lucha y de lo que en ella se defiende... ¡Pero ahora huelgan todas las palabras! Ya sé que es muy cómodo acudir ahora a vos-

otros y deciros: «Me he equivocado... ¡Quiero rectificar!»

—Sí... es muy cómodo decir esto... después de haber abierto las puertas de tu casa a esos...

—¡Tomás! — suplicó Montserrat avanzando hasta ellos—. No lo es tanto cuando se dice con el corazón en los labios y con toda la sinceridad de un alma noble...

—Gracias, Montserrat — murmuró Enrique, avergonzado de su conducta ante aquella mujer a la que tanto daño había hecho—. A ti te he hecho más daño que a nadie... Tal vez por esto mismo me comprendes mejor que los demás...

—¡Estás sangrando! ¡Te han torturado! — exclamó la joven, horrorizada.

—¡Qué importa eso...! — sonrió Enrique con desprecio hacia sus propios sufrimientos—. Lo que importa es que llegué a traicionar a mi Patria y a mi sangre, más por equivocación que por maldad... Y ahora, convencido de mi error, vengo a poner mi vida en vuestras manos. Por la santa memoria de mi padre, que fué un gran patriota y por eso murió en manos de nuestros enemigos, os pido que me dejéis luchar a vuestro lado... junto al mejor de vosotros y en el sitio de más peligro...

Tomás le tendió la mano y estrechó con efusión la que Enrique le dió, como sellando un pacto de alianza que ya nada más que la muerte podría romper.



El grupo formado por aquellos valientes se engrosaba por momentos, ya que de todos los pueblos de los contornos acudían los somatenistas a unirse a los defensores de la Patria, a aquellos que querían su santa y legítima independencia, su integridad absoluta.

Tomás, erigiéndose en capitán de todas aquellas fuerzas, les dirigió una amplia mirada en que parecía querer abarcar su poder que, aunque muy insignificante en cuanto a lo material se refería, había de ser invencible por la fuerza poderosa de su voluntad de hierro; y les dirigió la palabra con su verbo vehemente y exaltado de auténtico patriota:

—¡Somatenes! Los «gabachos» acaban de salir del Bruch... ¡Muevan los «gabachos»! Somos pocos, pero aguerridos y valientes... ¡Que nunca se pueda decir de nosotros que nos acobardamos ante el enemigo! ¡Moriremos... es lo más seguro! ¡Yo el primero! ¡Pero España vivirá con nosotros, y nuestros

hijos nos bendecirán eternamente! ¡Que Jesucristo nos proteja y que este día, 6 de junio de 1808, lunes de Pentecostés, sea el día de nuestra muerte o el día de nuestra liberación!... ¿Estáis conformes?

—¡Viva la Independencia! —gritó un eco humano que vibró por todos los ámbitos de la montaña.

—Arrodillemos y recemos el acto de contrición — propuso Pablo, predicando con el ejemplo e hincando sus rodillas en tierra.

Tomás gritó:

—¡Conforme! Pero que Jaime y Cisco se vayan a rezar a sus puestos de vigilancia... ¡no sea que nos sorprenda el enemigo mientras tenemos los ojos fijos en el cielo!

Todos se arrodillaron, mientras los dos vigías iban a ocupar sus puestos de observación. La oración subía en un murmullo devoto, recogido y majestuoso hasta el Altísimo que había de bendecir desde su solio a aquellas huestes heroicas y bienintencionadas que sólo anhe-

laban la libertad sagrada de la Patria.

Montserrat, mezclada con todas las mujeres que habían acudido a ayudar a los Somatenes en aquella ruda empresa, rezaba con los ojos cerrados, sumida en lo más íntimo de sus sentimientos religiosos. Blas estaba junto a ella, mirándola arrobado, como si fuera una aparición. Y casi sin atreverse a levantar la voz, en un tono débil, pero enérgico al mismo tiempo, le dijo:

—Ya sé lo que estás pensando, Montserrat... ¿Que soy un cobarde? Pero quizás no sepas que ya...

—Por favor — suplicó la joven, sin interrumpir su piadosa oración.

—No tengo ningún derecho a hablarte y menos a interrumpirte... Pero debo decirte que si no creo en vuestra guerra... empiezo a creer en el amor.

—Pues ahora empiezas a creer en la guerra, porque la nuestra se hace por amor — afirmó Montserrat, tan recogida y devota que parecía estaba todavía rezando su oración.

—¿Por amor a quién...? — insistió Blas.

—A la Patria — replicó la joven, segura de lo que decía.

Blas esbozó un gesto vago y añadió:

—En este momento sólo me preocupan mi carro, «Chiquitas»... y tú...

—Pues esto es la Patria — aseguró la muchacha, sonriendo levemente.

—Yo no sé nada de Patria, Montserrat, sólo sé que si alguien intentara hacerte algún daño, lucharía con todas mis fuerzas para defenderte.

—Eso es la guerra, Blas... ¡Ese entusiasmo es el que ha de salvar nuestra Patria! Todos esos hombres que ahora ves orando se disponen a defender, como tú dices, lo que más quieren: sus casas, sus haciendas, sus amores... ¡Mira cómo llegan de todas partes! ¡Hasta el padre Morell viene a nosotros, enarbolando la Bandera que defendemos! Y la bandera es eso, Blas, eso que te he dicho... Para el padre Morell, su parroquia y su feligresía... Para ti, tu carro, «Chiquitas»... Para cada uno lo que está más cerca de su corazón: el terruño, el hogar, la esposa, los hijos... ¡Esa bandera simboliza todo esto... y todo esto es la Patria... y todo esto no es nada más que el amor que a todos nos une por igual en esta contienda...!



Los vigías anunciaron que se divisaban ya las tropas francesas. Todos corrieron a ocupar los puestos que tenían señalados. Las altas cumbres estaban en poder de los patriotas, y por encima de aquellas crestas recortadas *samb serra d'oro*, estaba la «Moreneta de la Montaña» volviendo a su pueblo predilecto sus ojos misericordiosos, dispuesta a ayudarles en aquel momento supremo en que se jugaba a una sola carta el porvenir de España, de España dominada por una potencia extranjera o España independiente...

—¡Viva la Independencia!—gritó Tomás—. ¡Que nadie dispare hasta que yo dé la señal con la mano!

Los franceses avanzaban penosamente por los caminos inutilizados por los somatenistas replegados en la montaña. Los caballos tenían que saltar obstáculos y dar rodeos para salir del vericuetto trazado por los troncos de los árboles y las empalizadas.

Los españoles esperaban con el alma puesta en los ojos y en el corazón una muda plegaria hacia la Señora de cielos y tierra, hacia la Virgen Santa que desde su solio celestial les alentaba a defender la Montaña por Ella elegida.

Cuando Tomás lo creyó oportuno, dió la señal de ¡Fuego! y como leones comenzaron a luchar aquel puñado de valientes, en un cuerpo a cuerpo desigual y enfurecido. Los franceses eran muchos en número; pero el ardor de los españoles hacía de cada uno de ellos una inexpugnable fortaleza. La desigualdad del terreno les favorecía. Desde las cumbres los hombres disparaban sus armas y las mujeres arrancaban piedras que arrojaban también al paso del invasor.

Las bayonetas lucían al sol como lengüetazos de fuego. Los «gachos» se defendían bravamente del insospechado ataque y confiaban en su triunfo, porque se daban cuenta de la superioridad de su ejército en número y pertrechos. Pero no con-

taban con la fe de los patriotas, con su inquebrantable voluntad de ganar, aunque constantemente iban cayendo al suelo sin vida, alcanzados por las balas o las bayonetas enemigas.

De pronto, a lo lejos, redobló con inusitada fuerza un tambor, redoble que el eco de las montañas repetía y agrandaba hasta lo infinito. Hubo un momento de titubeo entre ambos combatientes:

—¡Ya veo quien es! — gritó Blas, descubriendo al pequeño ladro que venía al frente de un puñado de hombres—. ¡Yo le enseñé a redoblar! ¡Así se redobla, muchacho!

Un soldado francés atacaba en aquel momento a Pablo, pero Blas se interpuso y dió muerte al enemigo, exclamando:

—¡Ahora ya sé por qué luchó! ¡Luchó por ella... por «Chiquita»... y porque me da la gana!

Poco después salvó la vida de Tomás en un instante de peligro, haciendo desaparecer al francés atacante, que cayó rodando por el precipicio.

—¡Gracias, muchacho! — dijo Tomás, riendo satisfecho—. Pero esto no te salva de la bofetada que tenemos pendiente — añadió levantando la mano en un gesto que parecía de amenaza y que acabó en

un cordialísimo abrazo dado entre alhidos de balas y fulgor de bayonetas, gritos de dolor y alaridos de coraje.

Entretanto el tambor seguía redoblando y hacía temblar la montaña con sus ecos, como si de sus entrañas surgiera un insospechado ejército de valientes que viniera a engrosar las filas de los patriotas que con tanto arrojo la defendían.

Sintieron los franceses el pánico apoderarse de ellos. Dió el general la orden de retirada. Aquellos tambores que se oían resonar en todas partes, aquel redoblar que venía de todos los confines, anunciaba la llegada de un gran ejército y podían verse arrollados y aniquilados si no se apresuraban a replegarse y a huir de aquello que parecía la emboscada mejor preparada de toda la contienda.

Pero se retiraban luchando. Cayeron todavía muchos patriotas atravesados por las bayonetas enemigas. Uno de ellos fué Pascual, el hijo de Tomás, que cayó agonizante en los brazos de su padre:

—Los franceses son... unos hijos del diablo... — murmuró el mozo, sintiendo que le habían arrancado la vida.

—Siempre te lo he oído decir. ¡Hijo... hijo mío! — gritó Tomás, mientras gruesos lagrimones le res-

E L T A M B O R D E L B R U C H

balaban por las gruesas y mal afeitadas mejillas, sucias de polvo y sudor.

—Padre... ya se puede apagar el horno — siguió diciendo el herido, presa ya del delirio de la agonía—. El pan ya está cocido...

—Sí... hijo... sí... ¡Ya está corriendo! — repitió Tomás, haciendo un esfuerzo por no romper en sollozos. — ¡Estoy orgulloso de ti, hijo mío! Siempre has sido un buen trabajador y un buen patriota... ¡Ahora tendré que luchar por los dos... cuerno! — gritó, reaccionando. Y dejando en el suelo el cadáver de su hijo, descargó contra los franceses todo su dolor de padre, despauchando en pocos momentos a cuantos halló al alcance de sus vigorosas manos, arrojándolos por los precipicios o asentándoles en la cabeza formidables golpes de culata que les hacían caer sin vida, mientras el grueso del ejército francés se iba replegando y huyendo de aquella montaña que vibraba con el redoble más y más esforzado de laidre, enardecido por el triunfo, contento de su intervención, satisfecho de que su redoble fuera repetido por todos los ecos dormidos, ecos que la Murena de la Serra había despertado para salvar la tierra elegida y amada, que formaba parte entrañable de la Patria, de la Es-

paña unida, eterna e independiente.

— ¡Ahora sí que los podemos, cuernos! — gritaba Tomás, en un delirio furioso, corriendo tras los que huían.

— ¡Vivan los somatenes! — gritaban unos.

— ¡Viva la Independencia! — exclamaban otros.

Enrique se enfrentó en aquella lucha con el coronel que había dado muerte a su padre, al viejo loco, al que tanto quería y cuya muerte le hizo despertar a él a la razón. La suerte le colocaba frente al asesino de su padre. Enrique se irguió frente al coronel, apuntó contra él su rifle y le gritó:

— ¡Todavía no nos hemos despedido... coronel!

A un tiempo sonaron dos disparos y dos cuerpos cayeron al suelo sin vida: el de Enrique y el del coronel, que también había disparado contra su personal enemigo.

El teniente Dubois, que fue quien descubriera a Montserrat en el Hospital, intentó prestar auxilio al coronel, pero cayó a su vez.

No había tiempo de recoger a los muertos. Los franceses huían perseguidos por los españoles. Los muertos quedaban cara al sol, secundando la tierra Patria con su heroica

EL TAMBOR DEL BRUCH

sangre que había de florecer en rosas gloriosas a través de los tiempos; inmortalizando aquella gesta heroica que arrojó del suelo español al bárbaro invasor.

Blas titubeó un momento entre seguir a los leales o quedarse junto a Montserrat; pero convencido ya

de lo que era su deber, agitó en el aire la mano, despidiéndose de la muchacha que le sonreía con la divina sonrisa de una dulce y esperanzadora promesa, y siguió a los leales, entunando con ellos la melodía que purificaba el aire de los horrores de la guerra:

VIRULAI

Reus d'Abril, Morena de la serra,
de Montserrat Estel;

il·luminis la catalana terra;
guieu-nos cap al cel.

Ab serra d'he les Angiels seran
exos turms per fer-vos no palat;
Reina del cel que els seran hoïxen,
dau-ocs abric dins vostre mantell blau.

Alba naixent d'estrelles eucroïdes,
Canta: de Déu que serà David,
a vostres peus la lluna s'és posada,
lo sol sus cingit vos dona per veure.

Dels catalans sempre sereu Princesa,
dels espanyols Estrella d'Orient,
sua, pels bons pilars de fortuna,
pels pecadors lo port de salvament.

Dunau recost a què la patria enyor
sens veure mai los cims de Montserrat,
en terra i mar oïu a qui us implora,
torneu a Déu les cors que l'han deixat.

F L T A M B O R D E L B R U C H

Mística Font de l'aigua de la vida,
 rajau del cel al cor de mon país;
 dona i virtuts deixau-li per florida;
 feu-ne, si us plau, lo vostre paradís.

Dixeu-me ulls, Maria, les que us vegent
 Dirau lo cor que s'obre a vostra llum!
 Rosal del cel que els Serafins voltegen,
 a ma oració donau-vos el perfum.

Cedre gentil del Líbano comina,
 Arbre d'encens, Palmara de Sion,
 lo fruit sagrat que vostre amor nos dóna
 es Jesucrist, lo Redemptor del món.

Ah vostre món comença nostra història,
 i és Montserrat lo nostre Sinai;
 sent per tots l'escala de la Glòria
 aixos penysals coberts de romaní.

Rosa d'Abril, Morena de la terra,
 de Montserrat Estel;
 il·luminau la catalana terra;
 guieu-nos cap al cel.

FIN

TITULOS EN EXISTENCIA

SERIE "TRIUMFO" — PRECIO: 200 PTAS.
Amor inmortal, por Milan Harvey y Louis Jovier.
Elater Wong en el Surio China, por Boris Kartoff.

PRECIO: 200 PTAS.

Seis dos banderos, por Claudine Colbert y Renald Colman.
Canción de amor, por Marie Gal, Harry Raur y Batou.
Corazón de niño, por Jean Withers.
La ruta sin fin, por Victor Francien y Marcelle Chénal.
Suprema decisión, por Edwige Fendler.
Se acuerda en las periódicas, por Margaret Lockwood, Barry Barnes.
Adorable intrusa, por Judy Canova.
Una cebra en milán, por Sonja Henie y Don Ameche.
Canción de gloria, por Libertad Lamarque.
El caballero del anillo, por Glen Corri y Luisa Ferida.
La ley eterna, por Michelle Finley y Marcelle Chénal.
Puerta al ayer, por Clive Brook y Anna Lee.
La vida de Carlos Gardel, por Hugo del Carril.
Por una quince, por Barbara Stanwyck y Herbert Marshall.
Luz en las tinieblas, por Aida Vally y Eleana D'Amico.
Metódica armonía, por Glen Corri y Conchita Montenegro.
Héroica de una noche, por Sabina Olmos y Santiago Arriaga.
Lidia, por María Güerón.
Amor a la medida, por Emma Gramatica e Isa Pola.
El joven Adam, por Mickey Rooney.
El explorador perdido, por Spedden Tracy.
El mundo está loco, por Myrna Loy y William Powell.
Sólo se vive una vez, por Henry Fonda y Sylvia Sydney.
El espíritu de los jacintos, por Gary Cooper.
El castillo de las misterias, por Boris Kartoff, Bela Lugosi y Ester Lova.
Bois de fage, por Gary Cooper y Barbara Stanwyck.
Ella y su secretaria, por Rosalind Russell, Fred Mac Murray.
Una gran vedada, por Barbara Stanwyck y Joe Bonomo.
El rey de los mares, por Franchot Tone.
Reinas, doctores y enfermeras, por Lucille Young, Walter Baxter y Virginia Bruce.
Amor por Teresa Power, Lucette Young y Anabella.
33 veces mi marido, por E. Hales y John Payne.
(Siempre Eva), por Leslie Howard.
Recuerda aquel día, por Claudine Colbert.
Mi cielo de Andalucía, por Angelita.
El hijo del gangster, por Jackie Cooper.
Siempre una, por David Niven y Lucette Young.
El alegre asesino, por Helen Martin, E. Logan.
Hace un millón de años, por Victor Mature y Carole Landis.
La vie de Carlos, por Jack Benny.
Señor, señoritas, por Randolph Scott y Kay Francis.

On Sunday International, por Melvyn Douglas y Jean Blondell.
Sambas de Nueva York, por Louis Hayward.
El amor que vendió su alma, por Simone Simon y James Craig.
Guindados, por Preston Foster.
Se acuerda aquella mujer, por Melvyn Douglas.
La que piensan las mujeres, por María Güerón y Melvyn Douglas.
Jack el despiadado, por Laird Craig, María Güerón y George Seaton.
Se ha perdido una millonaria, por Fredric Mars y V. Bruce.
La mujer fantasma, por Jean Blondell y Roland Young.
Amor y perdición, por Tyrone Power, Lucette Young y Don Ameche.
Tatadas de vidrio, por Tyrone Power y Linda Darnell.
Par de se decidís, por Buzza Henle, Jack O'Neil, César Romero y Catala Landis.
Alas y una pluma, por Don Ameche y Dana Andrews.
Seis destinos, por Charles Boyer, Charles Laughton, Edward G. Robinson, Rita Hayworth etc.
El gem y el castaño, por Ray Hays y Frances Goldard.
El asesino inmortal, por Henry Fonda y Margaret O'Hara.
Concierto macabro, por Laird Craig y Linda Darnell.
Viejas del jazz, por George Montgomery y Ann Rutherford.
El vencedor de Napoleón, por Robert Donat y Robert Morley.
La vida de la ciudad, por Alice Faye, Don Ameche y Henry Fonda.
Laura, por Duke Andrews y Gene Tierney.

PRECIO: 3 PTAS.

¿Quién será a Vicky?, por Betty Grable y Victor Mature.
La eterna, por Anne Baxter, William Wythe y Tallulah Bankhead.
El rubia levanta, por Madeline Carroll y Bob Hope.
Ciudad, por Dorothy Mae Quine y Roland Young.
Alma rebelde (Jane Eyre), por Orson Welles y Jean Fontaine.
La casa de la calle 22, por William Wythe.
Se del a trancuro, por Tyrone Power y Jean Fontaine.
Cumbres borrascosas, por María Güerón y Laurence Olivier.
¿Qué vende en mi café?, por Walter Pidgeon.
Volaron las flores, por Tyrone Power y Myrna Loy.
El velo azul, por Gaby Morley.
Cañadinos, por Humphrey Bogart, Ingrid Bergman y Paul Henreid.
Ora, amor e amor, por Errol Flynn.
La casa de la calle 22, por Errol Flynn.
El último refugio, por Humphrey Bogart y Ida Lupino.

PRECIO: 200 PTAS.

La canción de Bernadette, por Isidore Jones y William Wythe.
Reinas al abismo, por R. Bogart.

PRECIO: 4 PTAS.

Tigres, por Carlos Lombard.
El caballo de los ángeles, por Ida Lupino y Olivia de Havilland.

El poema de las ártimas, por Jorge Negrete.
El rebelde, por Jorge Negrete.
Me da de comer esa cara, por Jorge Negrete.
Hasta que perdió Juana, por Jorge Negrete.
Falsa y enamorada, por Diana Durán y Robert Fays.

Camacho de Santa Fe, por Errol Flynn y Olivia de Havilland.

Soldado, por Diana Durán.
Colgado en el cielo, por Humphrey Bogart.
Una vida risueña, por Rita Hayworth.

SERIE "TRIO" (tres argumentos juntos). —
 PRECIO: 3 PTAS.

Las Bases del sereno, por Gregory Peck.
Cita en los cielos, por Lou Mar Chatter.

El capitán Kato, por Fred Mac Murray.

Montañas, por Tadzio Bannhead.
Casero accidental, por John Payne y Maurice O'Hara.

El gran misterio, por Doc Arcosis y Lucina Young.

Aus y el rey de Siam, por Irene Dunne y Rex Harrison.

El asesino de Dzygowsky, por Gene Tierney y Vincent Price.

Solo en la noche, por John Hodiak y Nancy Guild.

PRECIO: 3 PTAS.

El pecado de Claire Ercan, por Charles Boyer y Jennifer Jones.

El sueño, por Vincent Price.

¿Angels in the night? por Ann Fraz y Dan Andrews.

SERIE "PRODUCCION ESPAÑOLA".
 PRECIO: 2,50 PTAS.

La hermana San Sulpicio, por Ingrid Bergman.

La hija de Juan Simón, por Argentina Piliu.

El 12.000, por Justa Heredia y Rafael Durán.

Penado a muerte, por Lina Yegras.

Escudriña, por Alfredo Mayo.

En la mano y el, por Antonio Vico y Enrique Guiti.

Tasca, por Ingrid Bergman.

Servicio, por Alfredo Mayo.

Pinezaña, por Justa Heredia y Rafael Durán.

La desola de la Dama, por Carmen Gracia y Luis Peña.

Don Juan de Austria, por Lina Yegras y F. Fernández de Córdoba.

Los milanes de Peliclería, por Marta Santaella, Manuel Luna y Luis Peña.

Tormenta, por Ingrid Bergman.

En la aventura del Maperduna, por María José Sima, Luis Fuentes y Michel.

Flore y Mariana, por Blanca de Eilat y Peirine Peña.

Lección de ártimas, por Emilio Sandoval, Matilde Macho y Rafael Arce.

El árbol, por Ana Mariscal y Enrique Guiti.

Siempre Justicia, por Ana Mariscal y Enrique Guiti.

Se ha perdido un cadáver, por Roberto Font.

Le arde esta boca, por Justa Heredia y Manuel Macho.

El río de los muros, por Isabel de Pando y Julio Peña.

Definitivamente rombo, por Amparito Bieles y Alfredo Mayo.

De caballero romano, por Amparito Bieles y Alfredo Mayo.

Campanas, por Lucky Bato y Carlos Muñoz.

El hombre de los ángeles, por Frey de Añada.

Arribada romosa, por Alfredo Mayo y Sylvia Morgan.

Con los ojos del alma, por Matilde Vázquez, F. Fernández de Córdoba y Manuel Luna.

Eda, el y sus milanes, por Justa Heredia y Rafael Durán.

Moravense, por Justa Heredia y Miguel Llorente.

El fantasma de Santa Juana, por Antonio Casal y Mary Delgado.

Angela es así, por Justa Heredia y F. Fernández de Córdoba.

Un hombre de negocios, por Antonio Casal y Justa Heredia.

PRECIO: 1,75 PTAS.

Seventy española, por Justa Heredia con (traza) = concha de Quintana, Leon y Guiti.

PRECIO: 4 PTAS.

Barrojo, por Lina Flores y Manuel Caracci (con sus canciones) concha de Quintana, Leon y Guiti.

Nueva Santa, por Manuel Caracci.

La vida es un río, por Manuel Caracci, con sus canciones de Quintana, Leon y Guiti.

La vida, por Amparito Bieles y Rafael Durán.

La vida del amor, por Lina Yegras, Alicia Palencia, Jorge Miguel.

La vida romosa, por F. Fernández de Córdoba, F. Fernández de Córdoba, M. Luna, J. Guiti.

La vida romosa, por F. Fernández de Córdoba, M. Luna, J. Guiti.

PELICULA GRAFICA — PRECIO: 1 PTAS.

EL LIBRO DE LA SELVA

EL LADRON DE BAGDAD

TANZAN Y LA UICHA

EL ALEGRE BANDOLERO

SEÑORAS SIBIELAS

EL CAPITAN CAUTELA

MARINER A LA FUERZA

LA QUIMERA DEL ORO

TERAS

EL HITO DE LA FURIA

QUE PAR DE LOCOS!

GUADALCANAL

ESTUDIANTES EN OXFORD

REMERALDA LA KINGA

HACE UN MILLON DE AÑOS

LA TIA DE CARLOS

JACK EL DESTREPADOR

PRECIO: 1,50 PTAS.

EL CIELO Y TU

CUIDAD DE CONQUISTA

LA SINUA CONSTANTE

SU PROPIA DEPUTACION

ARENICO POR COMPASION

SHERLOCK HOLMES DESAFIA A LA MUERTE

LA EXTRAÑA PASAJERA

EL FILI DE LA BAYAJA

MURISON CON LAS NOTAS PUESTAS

PUBLICACIONES VARIAS

PRECIO: 2 PTAS.

Antonio Macho (Estos en Guiti).

Canciones del momento (Guiti).

Pasaje de la Paz, 10 bis — Barcelona

GRAN ÉXITO DE

BAILES Y CANCIONES DE ESPAÑA (Espectáculo de Conchita Piquer)

3 ptas.

ZAMBRA 1948 (Espectáculo de Lola Flores y Manolo Caracol)

3 ptas.

ALBAICIN (Espectáculo de Antonio Amaya)

3 ptas.

CANCIONERO QUINTERO, LEÓN y QUIROGA (Todos los éxitos modernos de estos tres autores)

4 ptas.

SOLERA DE ESPAÑA N.º 5 (Espectáculo de Juanita Reina)

4 ptas.

ALREDEDOR DEL MUNDO N.º 2 (Espectáculo de Pepe Blanco y Carmen Morell)

4 ptas.

CANCIONERO • MELODIAS DEL DÍA • Los éxitos del día-230 canciones

4 ptas.

CANCIONERO ANTONIO MACHIN Sus más recientes creaciones.

2 ptas.

CANCIONES DEL MOMENTO (Gilda - Aquella noche en Río Mery - Luces de Viena)

2 ptas.

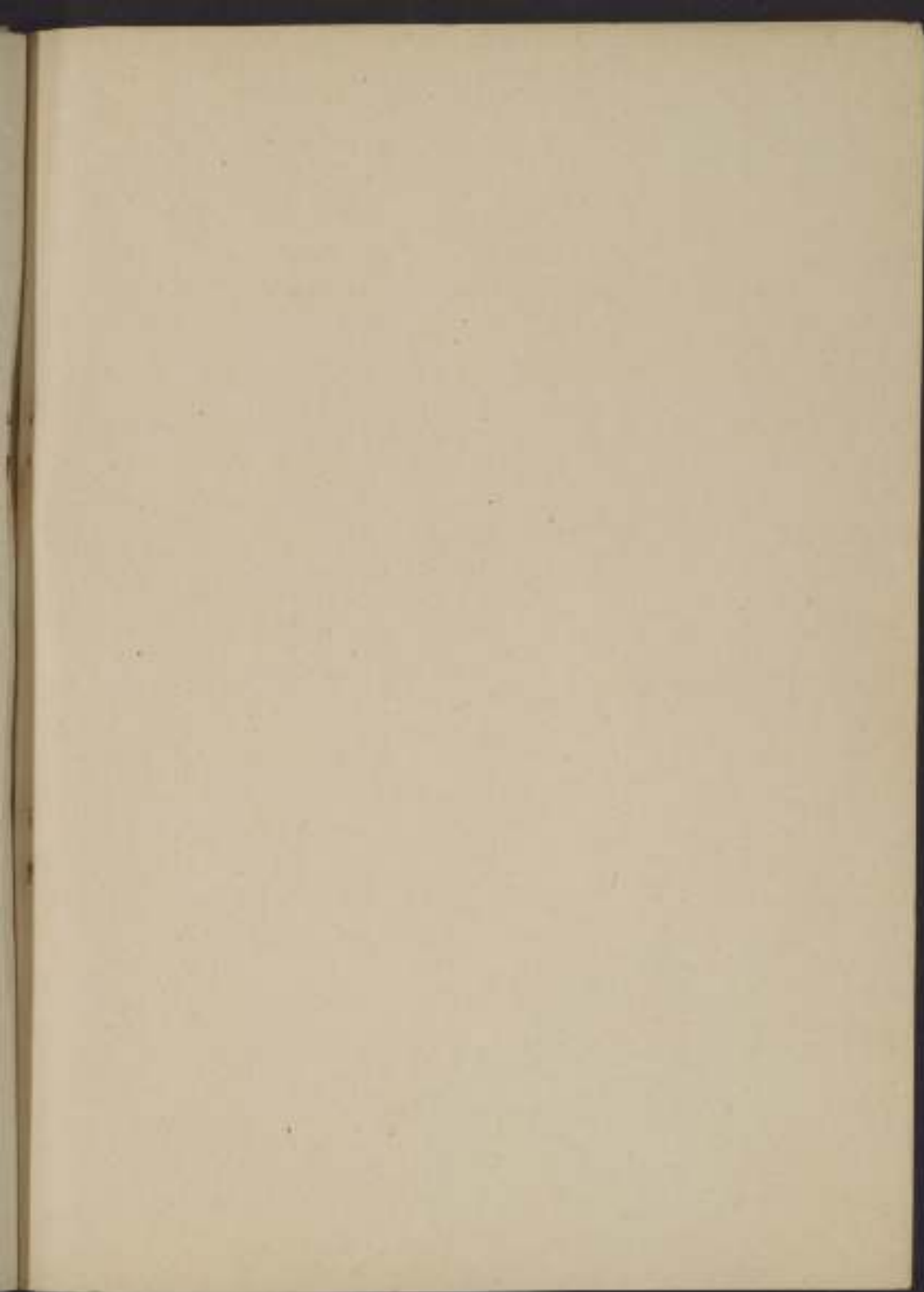
MELODIAS BONET DE SAN PEDRO (Sus éxitos actuales)

2 ptas.

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Barcelona



ed. G. B. P. 48



Cubierta I. G. J. SLEEP
Peprilanci, 20 - Barcelona